

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMENARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

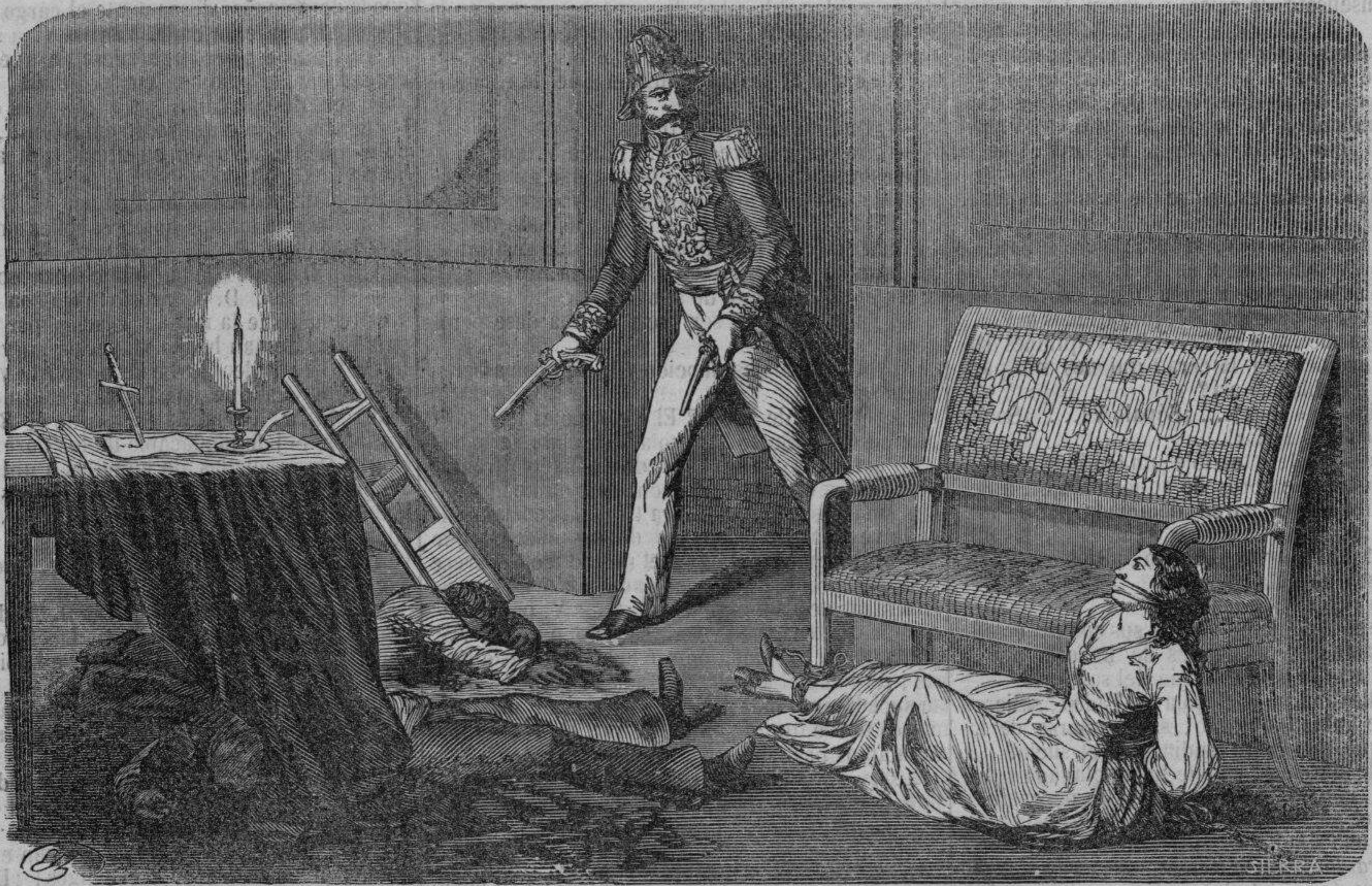
Tres meses. 8 reales.
Seis meses. 15 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. 12 reales.
Seis meses. 21 »
Un año. 38 »

Los Sres. Suscritores, cuyo abono concluye en 30 de Junio, se servirán renovar oportunamente su suscripcion, para que no sufran retraso en el recibo del SEMANARIO.



El general entró..... un espectáculo singular se ofreció ante su vista. (Pág. 372, columna 3.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.—Véase el n.º 23).

Los dos hombres se acercaron.
—¡Vamos! preguntó el que parecía ser su jefe, ¿qué sabéis?
—Todo lo que es posible saber, contestó uno de los recién llegados.
—¿A qué sitio han llevado á D. Tadeo?
—A casa de la Linda.
—¿A casa de su mujer? de la que es hoy querida del general Bustamante? repuso con vehemencia el jefe. ¡Vive Dios! Compañeros, es hombre perdido, porque le odia mortalmente. ¿Dejémosle que le asesinen sin procurar salvarle?

—¡Sería una cobardía, exclamaron los circunstantes enérgicamente.
—Pero ¿cómo hemos de introducirnos en su casa?
—Nada mas fácil. Las tapias del jardin son muy bajas.
—¡Pues entonces vamos allá! No hay que perder un instante.....
Y los desconocidos, sin pronunciar una palabra mas, echaron á correr en direccion á la casa de doña Maria.
Segun hemos visto, esta casa se hallaba situada en el arrabal de la Cañadilla, que es el mas hermoso de Santiago.
Las ventanas herméticamente cerradas en la fachada delantera, no dejaban filtrar rayo alguno de luz. Ningun ruido se oia, y parecia que la casa se hallaba completamente desierta.
Los desconocidos caminaron con el mayor silencio á lo largo de las tapias.
Cuando hubieron llegado detrás de la casa, clavaron sus puñales en las hendiduras de la tapia y de un salto se precipitaron al jardin.
Entonces se orientaron un momento, y luego

se dirigieron cautelosamente hácia una luz pálida y temblorosa que brillaba débilmente en una ventana baja.
Distaban ya muy pocos pasos de la ventana, cuando oyeron el ruido de una lucha. Sonó un grito terrible, mezclado con golpes de muebles que se rompian, é imprecaciones de cólera y de dolor.
Los desconocidos, que se habian cubierto el rostro con caretas de terciopelo negro, saltaron como chacales, rompieron la ventana que voló hecha astillas y penetraron en la sala.
Tiempo era ya de que llegasen.
D. Tadeo, de un golpe de taburete habia roto la cabeza á uno de los bandidos, que estaba tendido en el suelo agonizando; pero el segundo le tenia derribado en tierra, con la rodilla apoyada en su pecho, y alzaba su puñal para darle muerte.
Uno de los desconocidos le levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo, y le hizo rodar espirante junto á su cómplice, que exhalaba su último suspiro.
D. Tadeo se levantó con presteza y exclamó:

— ¡Oh! creí morir!

Volviéndose entonces hacia los enmascarados, añadió:

— Gracias, caballeros, por su auxilio. Con un minuto mas que hubiesen tardado, era yo hombre perdido. ¡Oh! la Linda es espeditiva! no hay que dudarle!

La cortesana con las facciones contraídas por la rabia y los dientes apretados, miraba sin ver, aterrada, confundida por la escena rápida que acababa de verificarse, y que en pocos segundos la habian arrebatado su venganza, que aquella vez creia tan bien asegurada.

— Sin rencor, señora, la dijo D. Tadeo con tono burlesco. Es cuestion aplazada. La fecunda imaginación de V. la suministrará muy pronto, sin duda alguna, el medio de tomar la revancha.

— ¡Así lo espero! dijo la Linda con una sonrisa sardónica.

— Apoderaos de esa mujer, gritó el jefe de los desconocidos, dirigiéndose con voz de mando á sus compañeros, ponedla una mordaza y atadla sólidamente á ese sofá.

— ¡A mí! á mí! exclamó doña María en un paroxismo insensato de cólera: ¿saben VV. quién soy?....

— Lo sabemos perfectamente, señora, contestó secamente el desconocido. Es V. una mujer sin nombre para los hombres honrados. Los libertinos han denominado á V. la Linda, y tiene V. por amante al general Bustamante. Ya ve V. que la conocemos bien.

— Cuidado, señores, no se me insulta impunemente.

— No insultamos á V. señora; pero queremos ponerla provisionalmente en la imposibilidad de hacer daño. Dentro de algunos dias, continuó impasiblemente el desconocido, juzgarémos á V.

— ¡Juzgarme!.... á mí!.... ¿Pues quiénes son VV. que se ocultan la cara? quiénes son para atreverse á hablarme así?

— ¿Quiénes somos?.... ¡Sépalos V!.... ¡Somos los Corazones sombríos!....

Al oír este epíteto terrible, un temblor convulsivo agitó los miembros de aquella mujer, quien retrocedió hasta la pared dominada por el mas profundo terror.

— ¡Oh! dijo con voz ahogada, ¡Dios mio! Dios mio!.... soy perdida!

Y cayó al suelo desmayada.

A una señal del jefe, uno de sus compañeros la ató sólidamente, y despues de haberla puesto una mordaza, la sujetó al pié del sofá.

Luego llevándose consigo á D. Tadeo, salieron por donde habian entrado, sin ocuparse de los asesinos que quedaban tendidos en el suelo.

Antes de marchar, el jefe habia clavado sobre una mesa, con su puñal, una hoja de pergamino.

En aquel pergamino estaban escritas estas palabras de una significacion terrible:

« ¡El traidor Pancho Bustamante es emplazado para dentro de noventa y tres dias!

» ¡LOS CORAZONES SOMBRÍOS! »

IX.

EN LA CALLE.

Fuera ya de la casa, á una nueva seña de su jefe, los hombres enmascarados se dispersaron en distintas direcciones.

Tan luego como hubieron desaparecido detrás de las esquinas de las calles mas inmediatas, el jefe se volvió hacia D. Tadeo.

Este, que apenas se hallaba repuesto de las rudas emociones que habia experimentado sucesivamente, y que se hallaba tambien debilitado por la sangre que perdiera en los esfuerzos prodigiosos que le habia obligado á hacer su ultima lucha, permanecia apoyado, pálido y medio desmayado, contra la tapia de la casa que por fin habia logrado abandonar, y en la que tan cerca se habia hallado de la muerte.

Un torrente de pensamientos amargos invadia su cerebro. Los incidentes de aquella noche terrible trastornaban su razon. En vano trataba de reanudar el hilo de sus ideas, con tanta frecuencia y tan brutalmente roto.

El desconocido le contempló durante algunos minutos con profunda atencion. Luego se acercó y le puso la mano en el hombro.

El caballero, al sentir aquel contacto súbito, se estremeció como si hubiese sufrido una conmoción eléctrica.

— ¡Cómo! dijo el desconocido con tono de convenciones; ¿apenas ha entrado V. en la lucha y ya ha perdido la esperanza D. Tadeo?

El herido volvió tristemente la cabeza á uno y otro lado.

— ¡D. Tadeo! V., cuya altiva frente nunca han logrado doblegar las tormentas revolucionarias; V., que en las circunstancias mas críticas ha permanecido siempre fuerte, ¿está ahora pálido y abatido, sin fé en el presente, sin esperanza en lo porvenir, sin fuerza y sin valor ante las vanas amenazas de una mujer?

— Esa mujer, contestó D. Tadeo con sordo acento, ha sido siempre mi genio maléfico. ¡Es un demonio!

Y aun cuando esa mujer consiguiese de nuevo fraguar contra V. una de esas tretas infames que acostumbra á emplear, exclamó enérgicamente el desconocido, el hombre de corazón se crece en la lucha. Olvide V. esos odios impotentes que no pueden alcanzarle. Acuérdesse de lo que es, y remóntese á la altura de la misión que le está impuesta.

— ¿Qué quiere V. decir?

— ¿No me comprende V.? ¿Cree V. que Dios, que esta noche le ha hecho librarse milagrosamente de la muerte, no tiene con V. grandes designios?.... ¡Hermano! añadió con todo de autoridad, esa existencia que le ha sido restituida, no es ya suya, pertenece á la patria.

Hubo un momento de silencio.

D. Tadeo parecia ser presa de una desesperación profunda.

Al fin miró al desconocido y le dijo con amargo acento.

— ¿Qué he de hacer? El cielo me es testigo de que mi único deseo, mi sola felicidad, seria ver á mi país libre. Pero ¡ay! desde hace cerca de veinte años que estamos luchando, no hemos hecho sino pasar de una á otra tiranía, remachando cada vez mas los eslabones de las cadenas que nos abruma. ¡No! hasta el mismo cielo parece que nos prohíbe que luchemos por mas tiempo contra un destino implacable. Sabe V. por experiencia que con esclavos no se pueden improvisar ciudadanos. La servidumbre enerva la parte moral, envilece el alma y degrada el corazón. Aun se sucederan muchas generaciones en esta comarca desventurada antes de que sus habitantes sean aptos para formar un pueblo.

— ¿Con qué derecho sondea V. los designios de la Providencia? repuso el desconocido con voz imponente. ¿Sabe V. lo que nos reserva? ¿Quién le dice que el pasajero triunfo de nuestros opresores no les esté concedido por Dios, en su impenetrable sabiduría, con el fin de hacer mas tarde que su caída sea mas terrible?

D. Tadeo, volviendo en sí al oír los varoniles acentos de aquella voz, se irguió altivamente, y mirando con atencion á su interlocutor, le dijo:

— ¿Quién es V.?.... V., cuya voz simpática ha conmovido todas las fibras mas secretas de mi corazón, ¿quién le autoriza á hablarme así? ¡Contésteme!.... ¿Quién es V.?

— ¿Qué le importará á V. saber quién soy? contestó impasiblemente el desconocido, si logro persuadirle de que todo está lejos de hallarse perdido, y de que esa libertad que cree destruida para siempre, nunca ha estado tan próxima á triunfar, que casi basta un esfuerzo sublime para reconquistarla?

— Pero, en fin, ¿quién es V.? dijo el herido insistiendo.

— Soy quien ha salvado á V. la vida hace algunos minutos. Esto le debe bastar.

— ¡No! dijo con fuerza D. Tadeo, ¿por qué oculta V. sus facciones bajo una careta y tengo derecho para reconocerlas?

— ¡Puede ser! dijo el desconocido quitándose lentamente su antifaz de terciopelo y mostrando á D. Tadeo, á los pálidos rayos de la luna, un

semblante de facciones varoniles y acentuadas, de fisonomía leal y simpática.

— ¡Oh! mi corazón no me habia engañado! exclamó el herido. ¡Es D. Gregorio Peralta!

— Yo mismo, D. Tadeo, contestó el joven, que apenas tenia treinta años; yo, que no puedo comprender el desaliento de aquel á quien los vengadores han elegido por jefe.

— ¿Cómo sabe V.?.... no obstante nuestra amistad, siempre le he ocultado....

— ¿No estaba V. sentenciado á muerte? dijo D. Gregorio interrumpiéndole. A mí fué á quien los compañeros eligieron en su lugar para ser *Rey de las tinieblas*; es decir, que pusieron en mi mano un poder inmenso del que, como V., podia disponer sin intervencion alguna. La muerte rompe el juramento de silencio impuesto á los hermanos. El nombre de V. ha sido conocido de todos. Yo ignoraba que V. fuese el jefe enérgico que hizo de nuestra sociedad un poder, así como V., mi amigo mas querido, ignoraba que yo fuese uno de sus soldados. Pero, á Dios gracias, se ha salvado V., D. Tadeo; vuelva á ocupar su puesto. En las actuales circunstancias, solo V. puede desempeñar dignamente el cargo que nuestra confianza le ha dado. Vuelva V. á ser el *Rey de las tinieblas*; pero acuérdesse de que somos los vengadores, añadió con voz profunda, que debemos ser desapiadados para nosotros como para los demás, y que un solo sentimiento, solo uno, debe quedar vivo en su alma: ¡el amor á la patria!

Hubo un momento de silencio.

Parecia que los dos hombres reflexionaban profundamente.

Al fin D. Tadeo levantó la cabeza con altivez.

— ¡Gracias, D. Gregorio! dijo con voz firme y estrechándole la mano, gracias por sus rudas palabras. Me han hecho volver en mí y seré digno de VV. ¡Tadeo de Leon no existe ya! Los sicarios del tirano le han fusilado esta noche en la Plaza Mayor. Ya no hay mas que el *Rey de las tinieblas*, el jefe implacable de los *Corazones sombríos*. ¡Desgraciados de aquellos á quienes Dios arroje en mi camino! ¡Los destrozará sin piedad. Triunfarémos, D. Gregorio, porque de hoy en adelante no soy ya un hombre, sino la espada vengadora del ángel exterminador, que combatirá por la patria.

Al pronunciar estas palabras D. Tadeo, habia erguido su imponente estatura. Las facciones tan hermosas y nobles de su rostro, se habian animado. Sus ojos ardientes chispeaban.

— ¡Oh! exclamó D. Gregorio con júbilo, por fin encuentro á V. de nuevo, amigo mio! ¡Oh! gracias!.... gracias, Dios mio!....

— Si, hermano, continuó el jefe: desde este momento comienza la verdadera lucha entre nosotros y el tirano; lucha sin piedad, sin tregua ni perdon; ¡pero que solo concluirá con el estermio completo de nuestros enemigos! ¡Desgraciados de ellos! desgraciados!....

— ¡No perdamos un instante! partamos! dijo D. Gregorio.

— ¿Y á dónde hemos de ir? dijo D. Tadeo con una sonrisa irónica. ¿No he muerto legalmente para todos? ¡Mi casa no me pertenece ya!

— ¡Es verdad! murmuró el teniente de los *Corazones sombríos*. ¡Pues bien! no importa!.... Mañana la noticia de la milagrosa resurrección de V. sorprenderá á nuestros enemigos como un rayo. ¡Su despertar sera terrible! Sabrán con espanto que el atleta invencible á quien creian derribado para siempre á sus piés, está vivo y dispuesto á comenzar de nuevo la lucha.

— Y esta vez, juro á Dios, exclamó D. Tadeo con energía, que solo la caída del tirano la pondrá término.

— Pero tiene V. razon: ¡no podemos permanecer aquí mas tiempo! Venga V. conmigo á mi casa. Provisionalmente estará V. allí en seguridad, á no ser, añadió con una sonrisa, que V. pretenda pedir un asilo á doña Rosario.

D. Tadeo que habia tomado el brazo de D. Gregorio, se detuvo de improviso al oír aquellas palabras, cuya terrible trascendencia no sospechaba siquiera su amigo. Un temblor convulsivo

agitó todos sus miembros, y un sudor frío inundó su rostro.

— ¡Oh! exclamó con desesperación, ¡Dios mío! había olvidado!....

A D. Gregorio le asustó el estado en que le veía.

— En nombre del cielo, ¿qué tiene V? le preguntó.

— ¿Qué tengo? contestó el jefe con voz convulsiva, ¡esa mujer, esa serpiente, á quien no hemos aplastado!.... ¡Oh!.... ahora lo recuerdo!.... me ha hecho una amenaza horrible!.... ¡Dios mío! Dios mío!....

— Explíquese V., amigo mío, me está V. aterrando.

— Por orden de ella esta misma noche ha debido ser robada doña Rosario, y quién sabe si esa mujer furiosa por haber visto que me he escapado de sus manos, la habrá hecho dar muerte.

— ¡Oh! eso es espantoso! exclamó D. Gregorio, ¿qué haremos?

— ¡Oh! esa mujer!.... repuso el herido. ¡Y no poder obrar!.... no saber cómo frustrar esa trama espantosa!....

— ¡Volemos á casa de doña Rosario!.... dijo D. Gregorio.

— ¡Ay Dios! ya lo ve V., estoy herido y apenas puedo sostenerme!

— ¡Pues bien, cuando ya no pueda V. andar, le llevaré yo, dijo resueltamente su amigo.

— ¡Gracias, hermano! Dios nos ayude!

Y los dos hombres, apoyados el uno en el otro, se dirigieron apresuradamente en dirección á la morada de la que querían salvar.

D. Tadeo, no obstante su voluntad y su valor, sintió que sus fuerzas le abandonaban. A pesar de todos sus esfuerzos solo se sostenía ya con estremada dificultad.

En aquel momento se oyó á cierta distancia ruido de caballos. Brillaron algunas hachas de viento y apareció en lontananza un grupo de ginetes.

— ¡Oh! oh! dijo D. Gregorio deteniéndose y procurando ver quiénes eran las personas que llegaban: ¿quién se atreve á recorrer las calles á estas horas, de noche y con menosprecio de las órdenes de la policía?

— Parémonos, contestó D. Tadeo, veo brillar uniformes.

— Son soldados del ministro de la Guerra.

— ¡Vive Dios! exclamó D. Gregorio, es el mismo general Bustamante. Los dos cómplices van á tener juntos una explicación.

— Si, dijo el herido con voz anhelosa, ¡va á casa de la Linda!

Los ginetes distaban ya muy poco.

Los dos amigos, temiendo ser sorprendidos, se lanzaron rápidamente á una calle lateral.

El general y su escolta pasaron al galope por delante de ellos sin verlos.

— ¡Andemos de prisa! dijo D. Gregorio.

Su compañero que comprendía la urgencia de una fuga rápida, hizo un esfuerzo supremo.

Volviéron á emprender su carrera.

Hacia unos diez minutos que iban caminando, cuando oyeron de nuevo delante de sí pasos de varios caballos.

— ¿Qué significa esto? murmuró el herido procurando chancearse. ¿Está toda la población de Santiago recorriendo las calles esta noche?

— Esta vez, dijo D. Gregorio, quiero saber á que atenerme.

De improviso sonó la voz de una mujer implorando socorro de la manera mas lamentable.

— ¡Hazla callar con mil diablos! dijo un hombre con un gesto brutal,

Pero el sonido de aquella voz había llegado á los oídos de D. Tadeo y de su amigo.

Al percibir aquel acento que habían conocido, un estremecimiento de cólera agitó sus miembros y se estrecharon las manos silenciosos. Habían adoptado su partido.... Morir ó salvar á la que los llamaba en su ayuda.

— ¡Eh! eh! ¿Qué es esto? dijo otro individuo sujetando vivamente á su caballo que había dado un salto de costado.

Dos hombres parados en medio de la calle parecían que querían cerrar el paso á los ginetes.

Estos eran cinco.

Uno de ellos llevaba una mujer atravesada sobre el arzon de su silla.

— ¡Hola! gritó el que acababa de hablar, retiráos vosotros, si no quereis que os suceda una desgracia.

— ¡No pasaréis! contestó una voz sombría, á no ser que nos entregueis la mujer á quien lleváis.

— ¿Eso creéis? repuso el ginete con tono zumbón.

— ¡Probad! dijo D. Gregorio montando sus pistolas, movimiento imitado silenciosamente por D. Tadeo, á quien había dado armas.

— ¡Por última vez, retiráos! gritó el ginete.

— No.

— Pasarémos sobre vuestros cuerpos.

Y volviéndose hácia los que le acompañaban, gritó lleno de cólera:

— ¡Adelante!

X.

ESTOCADAS.

Para la inteligencia de los sucesos que van á seguir, nos vemos obligados á abandonar á D. Tadeo y á su amigo en la crítica posición en que se encuentran, para volver al lado de los personajes mas principales de esta historia, á quienes hemos descuidado hace ya tiempo.

Como se ha visto en un capítulo anterior, los dos hermanos de leche habían salido alegremente de Valparaíso para trasladarse á la capital de Chile, llevando, como Bias, toda su fortuna consigo; pero teniendo sobre el filósofo griego la inmensa ventaja de hallarse abundantemente provistos de esperanzas é ilusiones, dos palabras que en la vida suelen tener, con harta frecuencia, la misma significación.

Después de una caminata bastante larga, los jóvenes se habían detenido para pasar la noche en un miserable rancho construido de tierra y ramas secas, y cuyo triste esqueleto se alzaba en uno de los lados del camino.

El habitante de aquella morada deplorable, pobre diablo de peon que pasaba su vida guardando algunas reses héticas, dió á los viajeros una hospitalidad franca y cordial. Felicitándose de tener algo que poderles ofrecer, partió alegremente con ellos su *chargui*, loncha de carne secada al sol, y su harina tostada; todo ello regado con algunos tragos de una chicha detestable.

Los franceses, que estaban materialmente muriéndose de hambre, festejaron aquellos comestibles desconocidos, á los que no habían encontrado gran sabor, y después de haberse cerciorado de que sus caballos tenían amplia provision de alfalfa, y que de nada carecerían, se acostaron envueltos en sus ponchos sobre un monton de hojas secas, lecho delicioso para unos hombres cansados, y que les prometía un sueño apacible hasta el día siguiente.

Al salir el sol, nuestros dos aventureros, acompañados siempre de su perro César, que muy sorprendido de la nueva existencia, trotaba gravemente á su lado, ensillaron sus caballos, se despidieron de su huésped, á quien dieron algunos reales por agradecimiento de su bondadosa recepción, y volviéron á ponerse en camino, mirando con curiosidad los objetos que se ofrecían á su vista, y sintiendo sorpresa por no hallar mayor diferencia entre el Nuevo Mundo y el antiguo.

La vida que comenzaban, tan diferente de la que hasta entonces habían llevado, estaba llena para ellos de encantos inauditos. Eran tan felices como los estudiantes en tiempo de vacaciones. Su pecho se dilataba al aire fresco y vivo de las montañas. Todo tomaba á sus ojos un aspecto risueño. En una palabra, sentían nueva vida.

Hay como unas treinta y cinco leguas de Valparaíso á Chile, que es como las gentes del país acostumbran á llamar á la capital de la república.

El camino, muy hermoso, ancho y bien cuidado, abierto en otro tiempo por los españoles en la montaña, es bastante monótono y se halla completamente desprovisto de interés para un viajero

de placer. La vegetación es escasa y mezquina. Un polvo fino, casi impalpable, se alza al menor soplo de aire; los escasos árboles que crecen á largas distancias unos de otros, son pequeños, raquíticos, están abrasados por el viento y por el sol, y con su triste aspecto parece que protestan contra los ensayos de cultivo que por diferentes veces se han intentado en aquella meseta, á la que hacen estéril las fuertes brisas del mar y los frios vientos de las cordilleras que la dominan.

Algunas veces se ven volar á una altura inmensa, cual puntos negros en el espacio, los grandes condores de Chile, las águilas de los Andes, ó buitres feroces que buscan una presa.

A largos intervalos pasan recuas de mulos guiadas por la *yegua madrina*, cuyos sonoros cascabeles se oyen á gran distancia, acompañando de una manera monótona el canto triste del arriero que va arreando á sus caballerías; ó bien es un *huaso* del interior que regresa á su *chacra* ó hacienda, y que orgullosamente montado en un caballo medio salvaje, pasa como arrastrado por el torbellino, pronunciando al pasar la eterna frase de:

— ¡Santas tardes, caballeros!

Fuera de lo que acabamos de describir, el camino es triste, solitario y está lleno de polvo. No hay, como entre nosotros, posadas ó hosterías en las que se recibe al viajero á pié ó á caballo, establecimientos que serian una anomalía en un país donde los extranjeros entran en todas partes como en su casa. Nada. La soledad en todas partes y siempre. Es preciso sobrellevar el hambre, la sed y el cansancio.

Pero los jóvenes en nada reparaban. El entusiasmo les suplía todo lo que faltaba; el camino les parecía excelente, y el viaje que hacían delicioso.

Se hallaban en América.

Pisaban, por fin, el suelo del Nuevo Mundo, esa tierra privilegiada, acerca de la cual se han hecho tantas narraciones sorprendentes, de la que tantos hablan, y á la que tan pocos conocen.

Habiendo desembarcado hacia muy pocos días bajo la impresión de una travesía interminable, cuyo tedio había pesado sobre su imaginación cual un manto de plomo, veían á Chile al través del prisma encantador de sus esperanzas, y la realidad no existía aun para ellos.

Lo que decimos, puede parecer quizás una paradoja á muchas personas; sin embargo, los viajeros de buena fé reconocerán con nosotros la rigurosa exactitud.

Unas veces caminando seriamente, y otras andando de un lado para otro ambos jóvenes, para quienes los sucesos políticos de la república chilena eran muy indiferentes, y que por consiguiente ignoraban lo que ocurría, llegaron tranquilamente á una legua de Santiago á las once de la noche, justamente en el mismo momento en que los diez patriotas chilenos caían en la Plaza Mayor bajo las balas de los soldados del general Bustamante.

— Detengámonos aquí, dijo alegremente Valentín, y así daremos tiempo á nuestros caballos para que descansen un momento.

— ¡Detenemos! ¿Para qué? dijo Luis. Es tarde y no encontraremos ni una fonda abierta.

— ¡Querido amigo! repuso Valentín riendo, eres todavía sobrado parisiense. Olvidas que estamos en América, en esa ciudad, cuyos campanarios ves desde aquí destacarse en negro sobre el horizonte; todos están durmiendo hace tiempo, y todas las puertas estarán cerradas.

— Entonces, ¿qué haremos?

— Vivaquear, ¡pardiez! La noche es magnífica; el cielo está sembrado de un número infinito de estrellas; el aire es tibio y embalsamado: ¿qué mas podemos desear?

— Es verdad, nada, dijo Luis riendo.

— Entonces, como ves, tenemos tiempo para hablar.

— ¡Pero, hermano! si no hacemos otra cosa desde esta mañana!

— No opino como tú. Hemos hablado mucho de toda clase de cosas, del país en que estamos, de

las costumbres de sus habitantes... ¡Qué sé yo!.. pero no hemos hablado de la manera que yo lo entiendo.

—Espíciate mejor.

—Mira, hermano, me ha ocurrido una idea. No sabemos qué aventuras nos esperan en esa ciudad que está ahí delante de nosotros. Pues bien; antes de entrar en ella, deseo tener contigo una conversacion postrera.

Los jóvenes quitaron el freno á sus caballos á fin de que pudiesen pastar la escasa yerba que allí crecía. Tendiéronse en el suelo y encendieron un cigarro cada uno.

—¡Estamos en América! repuso Valentin, en el país del oro, en este suelo, en el que con inteligencia y valor un hombre de nuestra clase puede reunir en pocos años una fortuna régia!

—Ya sabes, amigo mio..... dijo Luis interrumpiéndole.

—¡Perfectamente! Estás enamorado, contestó Valentin cortándole la palabra, y buscas á la que amas. Es cosa convenida. Pero eso en nada perjudica á nuestros proyectos..... Al contrario.

—¿Cómo así?

—¡Pardiez! es muy sencillito. Comprendes muy bien que doña Rosario..... ¿así es como se llama, segun creo?

—Sí.

—Muy bien. Comprendes, digo, que debe ser rica.

—Eso es indudable.

—Sí, pero entendámonos bien. No rica como lo son allá en nuestro país, es decir, contando algunas cincuenta mil libras de renta..... una miseria..... sino rica como lo son aquí... diez ó veinte veces millonaria.

—¡Es probable! dijo el joven con impaciencia.

—Perfectamente. Comprendes tambien que cuando la hayamos encontrado, porque es indudable que la encontraremos, y eso muy pronto, no podrás pedir su mano sino justificando que reunes una fortuna igual, por lo menos, á la suya.

—¡Diablo! no habia pensado en eso! exclamó el joven.

—Lo sé. Estás enamorado, y como todos los hombres atacados de esa enfermedad, solo piensas en tu amor. Pero felizmente yo veo muy claro por los dos. Hé aquí por qué, cada vez que me has hablado de amor, te he contestado hablando de fortuna.

—Es muy justo. Pero, ¿cómo hemos de hacer rápidamente tal fortuna?

—¡Ah! ah! Por fin llegas al punto importante, dijo Valentin riendo.

—No sé ningun oficio..... prosiguió Luis fijo en su idea.

—Ni yo tampoco. Pero eso no debe asustarte, porque solo medra uno en las cosas que ignora.

—¿Qué hemos de hacer?

—¡Lo pensaré, descuida! Solo que es preciso que te persuadas bien de una cosa, y es, que hemos puesto los piés en un país cuyas ideas son enteramente distintas de las de aquel que abandonamos, y en el que los hábitos y las costumbres son diametralmente opuestas.

—¿Qué quieres decir?

—Que es preciso olvidar cuanto hemos aprendido para recordar solo una cosa: que queremos hacer muy pronto una fortuna colosal.

—¿Por medios honrosos?.....

—No conozco otros, dijo seriamente Valentin. Acuérdate, hermano, de que en el país donde ahora estamos, el honor no se cuenta lo mismo que en Francia; que muchas cosas que entre nosotros parecerian de mala ley, son aqui admitidas y perfectamente recibidas, y con esto, á buen entendedor..... pocas palabras bastan. Me comprendes, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—Muy bien. Figúrate que estamos en país enemigo, y obremos en consecuencia.

—Pero.....

—¿Quieres casarte con la mujer á quien amas?

—¡Y me lo preguntas!

—Pues entonces, déjame obrar. Sobre todo, cada vez que la casualidad nos ofrezca una ocasión, guardémonos de desperdiciarla.

—Obra como mejor lo entiendas.

—Hé ahí cuanto tenia que decirte.

Los jóvenes volvieron á montar á caballo y se dirigieron de nuevo hácia la ciudad, caminando al paso y conversando.

Daban las doce de la noche en el reloj del cabildo en el momento en que ellos entraban en Santiago por la Cañada.

Las calles estaban oscuras y desiertas, la ciudad silenciosa.

—¡Todos duermen! dijo Luis.

—Así lo creo, replicó Valentin. Sin embargo, busquemos. Si ninguna puerta hallamos abierta, tendremos que vivaquear, segun ya te lo habia propuesto.

En aquel momento sonaron dos pistoletazos á cierta distancia, mezclados con un galope de caballos.

—¿Qué es esto? dijo Luis. ¡Dios me perdone! están asesinando á alguno cerca de aquí.

—¡Adelante, ira de Dios! exclamó Valentin.

Clavaron las espuelas en los ijares de sus caballos, y se precipitaron á rienda suelta en direccion al sitio del combate que oian.

Llegaron á una calle estrecha, en medio de la cual habia dos hombres á pié luchando intrépidamente contra cinco hombres á caballo.

—¡Corramos contra los ginetes! gritó Valentin. ¡Defendamos á los mas débiles!

—Ténganse VV. firmes, señores, dijo Luis, que les llega auxilio.

Ya era tiempo para D. Gregorio y para su amigo. Un minuto mas, y hubieran sucumbido agobiados por sus enemigos.

La llegada providencial de los franceses cambió la faz del combate.

Dos ginetes cayeron muertos de dos pistoletazos descerrajados á quema ropa por los jóvenes; al tercero, derribado por D. Gregorio, le ahogó silenciosamente César.

Los dos que sobrevivieron se escaparon á rienda suelta abandonando su prisionera.

La joven estaba desmayada.

D. Tadeo, apoyado en la tapia de una casa, se hallaba tambien próximo á perder el sentido.

Valentin, con una presencia de ánimo que conservaba de su antigua profesion de *spahis*, se habia apoderado de los caballos de los bandidos muertos en la lucha.

—¡A caballo, señores! exclamó dirigiéndose á los caballeros chilenos.

Luis habia echado pié á tierra y prodigaba solícitos cuidados á la joven.

—No nos abandonen VV., contestó D. Gregorio. Estamos rodeados de enemigos.

—Desechen todo temor, dijo Valentin, estamos completamente á sus órdenes.

—¡Gracias! ayudenme un poco, si gustan, para colocar sobre un caballo á mi amigo, que está herido.

Cuando D. Tadeo se halló ya sobre la silla, declaró que habia recobrado bastantes fuerzas para mantenerse en ella sin necesidad de auxilio.

D. Gregorio habia colocado en el arzon de su silla á la joven que continuaba desmayada.

—Ahora, señores, dijo, solo me resta darles gracias cordialmente, si sus negocios no les permiten permanecer mas tiempo con nosotros.

—Repito á VV., señores, que estamos en un todo á sus órdenes. No tenemos prisa y no les abandonaremos antes de saber que se hallan en seguridad, dijo con nobleza el conde.

D. Gregorio se inclinó.

—Pues entonces, siganme VV., y no se anden en consideraciones con los caballos. Nos va en ello la cabeza.

Los cuatro ginetes partieron con una rapidez vertiginosa.

—Hé aquí, dijo Valentin á media voz dirigiéndose á su hermano de leche; hé aquí una aventura que principia bastante bien. No perdemos el tiempo en Santiago..... ¿Qué te parece?

—¡Allá veremos! contestó el conde muy pensativo.

Ninguna luz habia brillado, ninguna ventana se habia abierto durante el combate. Las calles permanecieron lúgubres y sombrías. La ciudad

parecia abandonada. Solo se oia resonar en los puntiagudos guijarros de las calles que atravesaban el galope furioso de los caballos que conducian á los cuatro ginetes.

Dieron las tres de la madrugada en el reloj de la catedral en el momento en que pasaron por la Plaza Mayor.

D. Tadeo no pudo contener una señal de satisfaccion al ver de nuevo el sitio en que algunas horas antes se habia librado tan milagrosamente de la muerte.

XI.

EL GENERAL D. PANCHO BUSTAMANTE.

D. Tadeo habia adivinado con exactitud cuando, al ver pasar al general Bustamante, dijo que iba á casa de su querida.

En efecto, á casa de la Linda era á donde se dirigia el general.

Muy pronto llegó delante de la puerta.

Uno de los soldados de la escolta echó pié á tierra y llamó.

Nadie contestó. A una seña del general, el soldado volvió á llamar.

Continuó el mismo silencio. Nada se movia en la casa.

Comenzó á apoderarse la inquietud del ánimo de los circunstantes.

El silencio era tanto mas extraordinario, cuanto que la visita del general se habia anunciado, y por consiguiente debian aguardarle.

—¡Oh! oh! dijo, ¿qué pasa aquí? Vamos, Diego, añadió dirigiéndose á un soldado, llama otra vez y de modo que te oigan.

El soldado llamó con fuerza, pero inútilmente.

D. Pancho frunció el entrecejo. Tuvo el presentimiento de una desgracia.

—¡Descerrajad la puerta! dijo con voz de mando. La orden se ejecutó en un segundo. El general entró en la casa seguido de su escolta.

En el patio todos echaron pié á tierra.

—¡Prudencia! dijo el general en voz baja al cabo que mandaba la escolta; coloque V. centinelas en todas las puertas, y vigile escrupulosamente mientras yo registro la casa.

Despues de haber dado estas órdenes, el general cogió en cada mano una de las pistolas que llevaba en el arzon, y seguido de algunos lanceros entró en la casa.

Reinaba en todas partes un silencio mortal.

El general visitó varias habitaciones, y llegó á una puerta entreabierta por donde salia un débil rayo de luz.

Dentro de la habitacion se oian gemidos ahogados.

Uno de los lanceros abrió la puerta.

El general entró.

Un espectáculo singular se ofreció ante su vista.

Doña Maria fuertemente atada y con un morada en la boca, se hallaba sujeta al pié de un sofá de damasco manchado de sangre.

Los muebles estaban derribados por la habitacion. Dos cadáveres tendidos en un charco de sangre daban á entender claramente que la sala habia sido teatro de una lucha encarnizada.

El general hizo sacar los cadáveres y mandó que le dejaran solo.

Tan pronto como los lanceros se hubieron alejado, cerró la puerta de la sala, y acercándose á la Linda, se apresuró á libertarla de sus ligaduras.

Estaba desmayada.

Al volverse para colocar sobre una mesa sus pistolas, que hasta aquel momento habia conservado en la mano, retrocedió con sorpresa, casi con espanto.

Habia visto un puñal hincado en la mesa.

Pero aquel movimiento instintivo de temor solo tuvo la duracion de un relámpago.

El general se acercó con viveza á la mesa. Cogió el puñal, le quitó con precaucion, y se apoderó del papel en que estaba atravesado. Luego leyó en voz alta y convulsiva, estrujando despues el papel con rabia entre sus manos, las siguientes palabras:

«El traidor D. Pancho Bustamante es emplazado para dentro de noventa y tres días....»

»LOS CORAZONES SOMBRIOS....»

— ¡Sangre de Dios! ¿Habrá de burlarse siempre de mí esos demonios? ¡Oh! ya saben que no concedo perdón, y que los que caen entre mis manos!....

— ¡Se escapan! dijo una voz sombría que le hizo estremecer á pesar suyo.

Se volvió.
La Linda fijaba en él sus ojos feroces, con una expresión indefinible.

Se dirigió vivamente hácia ella.

— ¡Gracias á Dios! exclamó con emoción, que me ha vuelto V. de su desmayo. ¿Se halla V. bastante repuesta para explicarme la escena que ha pasado aquí?

— Escena terrible, D. Pancho, contestó la Linda, con voz temblorosa, escena cuyo recuerdo me hiela todavía de terror.

— ¿Ha recobrado V. bastante sus fuerzas para poderme referir?

— Espero que sí, dijo doña María. Escúcheme con atención, D. Pancho, pues lo que tengo que decirle, le interesa quizás más que á mí.

— ¿Se refiere V. á este emplazamiento insolente? contestó el general enseñándole el papel.

La Linda le recorrió con la vista y dijo:

— Ignoraba que le hubiese sido á V. dirigido este escrito. Escúcheme atentamente.

— En primer lugar, tenga V. la bondad de explicarme la frase que me ha dicho hace un momento.

— Cada cosa vendrá á su tiempo, general. Se explicará todo, porque quiero una venganza vengadora.

— ¡Oh! dijo el general con un relámpago de odio en su mirada; descuide V., que al vengarme, yo vendré á vengarme.

La Linda refirió al general con la mayor minuciosidad lo que había pasado entre ella y don Tadeo, cómo le habían sacado de sus manos los corazones sombríos, y las amenazas que la habían dirigido al marcharse.

Pero con ese talento que tienen las mujeres y que ella poseía en tan alto grado, que consiste en mostrarse inocentes en todo, representó como una torpeza milagrosa de los soldados encargados de matarle, el hecho de la existencia de don Tadeo, después de haber sido fusilado en la Plaza Mayor.

Dijo que, atraído D. Tadeo con la esperanza de vengarse de ella, de quien sospechaba que era estraña á su sentencia, se introdujo oculta y furtivamente en su casa, en donde por una casualidad audaz se encontraba sola, habiendo dado permiso justamente aquella noche á sus criados para asistir á una romería de la que no habrán de volver antes de las tres de la madrugada.

Al general ni un instante se le ocurrió el pensamiento de poner en duda la veracidad de su querida.

La situación en que la había encontrado, la increíble noticia de la salvación de su enemigo más implacable, todo esto reunido había turbado en una manera sus ideas, que no llegó siquiera á sospechar á germinar en su mente.

Paseábase presuroso por la habitación, agitando en su cabeza los proyectos más estravagantes para apoderarse de D. Tadeo, y sobre todo para aniquilar á los corazones sombríos á quienes era imposible coger, á quienes encontraba incesantemente en su camino, y que contrarrestaban todos sus proyectos y se le escapaban sin cesar.

Comprendía lo mucho que la noticia de la corrección de D. Tadeo, iba á aumentar la fuerza de los patriotas y á complicar sus apuros políticos, colocando al frente de sus enemigos á un hombre resuelto que ya no tendría que guardar consideración alguna y le haría una guerra enarnizada.

Su perplejidad era estremada.

Sentía instintivamente que el terreno se hallaba minado bajo sus pies, que caminaba sobre un volcán; pero no sabía cómo desenmascarar á

los enemigos que conspiraban para lograr su ruina.

La narración de su querida había producido en su mente el efecto de un rayo. No sabía qué partido adoptar, ni qué medidas emplear para frustrar las numerosas tramas urdidas contra él por todos lados á la vez.

La Linda no le perdía de vista.

Seguía en su semblante las diferentes impresiones producidas por lo que le había dicho.

Darémos á conocer en dos palabras al lector aquel personaje llamado á representar un papel importante en la continuación de esta historia (1).

El general D. Pancho Bustamante, que ha dejado en Chile una reputación de crueldad tan terrible, que se le llamaba comunmente el *verdugo*, era hombre de treinta y cinco á treinta y seis años, cuando más, si bien representaba cerca de cincuenta, y de estatura algo más que mediana, y perfectamente proporcionada, que demostraba gran valor corporal.

Las facciones de su rostro eran bastante regulares, pero su frente abombada, sus ojos grises, profundamente hundidos bajo el arco de sus cejas y muy próximos á su nariz acaballada, su boca grande y su pómulo salientes, le daban cierta semejanza con una ave de rapiña.

Su barba era cuadrada, indicio de obstinación. Sus cabellos grises y su poblado bigote se hallaban militarmente cortados en forma de cepillo.

Llevaba el magnífico uniforme de oficial superior, recargado de bordados de oro en todas las costuras.

D. Pancho era hijo de sus obras, las cuales prevenían en favor suyo.

Simple soldado, al pronto, por una conducta ejemplar y por sus talentos extraordinarios é incontestables, se había elevado de grado en grado hasta los primeros puestos del ejército, y últimamente había sido nombrado ministro de la Guerra.

Entonces, la envidia, que se había callado mientras permaneció confundido entre la multitud, se desencadenó contra él.

El general, en vez de desprestigiar las calumnias que habrían concluido por caer por sí mismas, las dió razón, en cierto modo, inaugurando un sistema de severidad y de crueldad implacables.

Devorado por una ambición que nada podía satisfacer, todos los medios le parecieron buenos para alcanzar el objeto hácia el cual tendía secretamente, es decir, á derribar el gobierno de la república de Chile y luego con la Bolivia y la Araucanía reunidas, formar un solo estado del cual se haría proclamar protector, objeto del cual se prescindía de las dificultades casi insuperables que presentaba, parecía también, que merced al odio universal que el general había concitado contra sí, se alejaba más cada vez que se creía más próximo á alcanzarlo.

En el momento en que le ponemos en escena, se hallaba en una de las circunstancias más críticas de su carrera política.

En vano hacia fusilar en masa á los patriotas; las conspiraciones, según sucede siempre en tales casos, se sucedían sin interrupción. El sistema de terror que había inaugurado, lejos de intimidar al pueblo, parecía que, por el contrario, le impulsaba á la rebelión.

Habíanse formado sociedades secretas.

Una de ellas, la más poderosa y terrible, la de los *Corazones sombríos*, le envolvía en redes invisibles, en las cuales se agitaba en vano.

Presentaba que si no apresuraba el desenlace del golpe de estado que meditaba, quedaba perdido sin recurso.

Después de un silencio bastante prolongado, el general se sentó al lado de la Linda.

— ¡Nos vengaremos! dijo con voz sombría. Tenga V. paciencia.

— ¡Oh! contestó ella con amargura, mi venganza la he comenzado ya.

— ¿Cómo así?

(1) Razones de alta conveniencia nos han obligado á variar los nombres y los retratos de los personajes de esta historia, que en su mayor parte existen todavía. Pero garantizamos la exactitud de los hechos que referimos.

— He hecho robar á doña Rosario del Valle, á la mujer á quien ama D. Tadeo de León.

— ¿Ha hecho V. eso? dijo el general.

— Sí, antes de diez minutos estará aquí.

— ¿Pues qué? dijo D. Pancho, piensa V. guardarla consigo?

— ¡Yo! exclamó doña María, ¡no, no! general: dicen que los *Pehnenches* gustan de las mujeres blancas; quiero regalarles esa.

— ¡Oh! murmuró D. Pancho, las mujeres siempre han de ser nuestras maestras! Solo ellas saben vengarse. Pero, dígame V., prosiguió en alta voz, ¿no teme V. que el hombre á quien ha confiado ese encargo le haga traición?

Doña María se sonrió con una expresión terrible y dijo:

— No; ese hombre odia á D. Tadeo más que yo, y trabaja por su propia venganza.

En aquel mismo instante sonaron pasos en la habitación que precedía á la sala.

— Mire V., general, continuó la Linda, hé aquí mi emisario. ¡Entre V.! gritó.

Apareció un hombre.

Su rostro estaba pálido, descompuesto; su traje roto y en el más completo desorden, se hallaba manchado de sangre en diferentes sitios.

— ¿Qué es eso? dijo doña María con inquietud.

— ¡Todo se ha perdido! contestó el hombre con voz anhelosa.

— ¡Cómo! dijo la Linda con un rujido de fiera.

— Eramos cinco, prosiguió el hombre, sin moverse, y habíamos robado á la señorita. Todo iba bien, cuando á pocos pasos de aquí fuimos atacados por cuatro hombres, cuatro demonios, que no sé de donde salieron.

— ¿Y no se han defendido VV., miserables? dijo el general interrumpiéndole con violencia.

El bandido dirigió al interlocutor una mirada fría y prosiguió impasiblemente.

— Tres han muerto. El jefe y yo estamos heridos.

— ¿Y la jóven? preguntó la Linda llena de cólera.

— De la jóven se han apoderado nuestros agresores. El inglés me envía á ver á V. para saber si consiente en que vuelva á robar á doña Rosario.

— ¿Lo intentará todavía?

— Sí, y esta vez, según dice, está seguro de alcanzar buen éxito, si las condiciones son las mismas.

Una sonrisa de desprecio arqueó los labios de la cortesana.

— Dígame V. esto, contestó: No solo percibirá las cien onzas prometidas, si logra buen resultado, sino que además se le darán otras ciento, y para que no dude de mi promesa, añadió levantándose y sacando de un cajón un saco bastante pesado que entregó al bandido, déle V. esa cantidad: ahí está la mitad de la suma; pero que se apresure.

El hombre se inclinó.

— En cuanto á V., continuó, tan luego como haya desempeñado el encargo que acabo de confiarle, volverá V. por aquí, que acaso le necesite. Váyase V.

El bandido se alejó con rapidez.

— ¿Quién es ese hombre? preguntó el general.

— Un pobre diablo á quien salvé hace algunos años de una muerte segura. Me pertenece en cuerpo y alma.

— Sin embargo, dijo el general, tiene la mirada harto profunda para no ser un bribón.

La Linda se encogió de hombros y dijo:

— De todo desconfia V.

— Es el modo de no ser engañado.

— O de serlo más.

— Puede ser. Sin embargo, ya lo ve V.: ese raptor tan bien combinado, cuyo éxito era seguro, ha quedado frustrado.

— Repetiré á V. lo que antes me ha dicho.

— ¿Qué es?

— ¡Paciencia!.... En fin, ¿cuál es ahora el proyecto de V.?

El general se levantó, y dijo con voz breve y seca:

— Mientras V. hace á sus enemigos una guerra de emboscadas y de traiciones, yo voy á hacérsela

á la luz del día, á la faz del sol y sin piedad. Su sangre correrá á torrentes por todo el territorio de la república. Los *Corazones sombríos* me han emplazado para dentro de noventa y tres días; pues recojo el guante que me han arrojado.

—¡Bueno! contestó la Linda: ahora concertaremos nuestros planes con el fin de que no fracasen esta vez como las anteriores. Es preciso acabar con esos miserables, continuó, y sobre todo debemos vengarnos de una manera ruidosa.

—Así lo haremos. Juego en ello la cabeza. ¡Oh! añadió, los tengo en mi poder. He encontrado el medio que buscaba para hacerles caer entre mis manos. Dejémosles que se adormezcan durante algún tiempo en una seguridad engañosa.... ¡Su despertar será terrible!

Y el general, despues de saludar á la Linda con esquisita cortesania, se retiró diciendo al salir:

—Dejo á V. algunos soldados para que velen por su seguridad hasta el regreso de sus criados.

—Doy á V. gracias, contestó ella con una graciosa sonrisa.

Cuando la cortesana se hubo quedado sola, en vez de entregarse á un descanso que la era tan necesario despues de las emociones de aquella noche, permaneció sepultada en serias reflexiones.

Al salir el sol aun se hallaba en la propia postura. Continuaba meditando.

Solo que sus facciones estaban animadas. Una sonrisa siniestra arqueaba sus pálidos labios, y sus ojos fijos lanzaban sombríos relámpagos.

De improviso se levantó, y pasándose la mano por la frente como para borrar de ella las arrugas, exclamó con acento de triunfo:

—¡Oh! yo tambien lograré buen éxito.

XII.

EL ESPIA.

Despues de librar á la jóven, los cuatro hombres partieron á rienda suelta.

Diez minutos despues salian de la ciudad.

Su carrera se hizo mas rápida aun en la ancha carretera que conduce á Talca.

—¡Eh! eh! dijo Valentin á su hermano de leche, mientras iban galopando; parece que estamos jugando al escondite. Entramos en la ciudad por una puerta, para salir inmediatamente por otra. Creo que por esta vez no hemos de ver todavía la capital de Chile.

Escepto estas pocas palabras, á las que Luis solo contestó encogiéndose de hombros con la mayor indiferencia, no se pronunció una sílaba durante una hora que duró aquella carrera precipitada.

A los pálidos rayos de la luna, los árboles desfilaban por cada lado del camino cual una legión de lúgubres fantasmas. Muy luego se destacaron en el horizonte las blancas paredes de una *chacra* ó granja importante.

—¡Allí es! dijo D. Gregorio señalándola con el dedo.

Llegaron á ella en pocos instantes.

La puerta estaba abierta. Un hombre se hallaba de vigilante, inmóvil en el umbral.

Los fugitivos penetraron en el patio como un huracán, y la puerta se cerró inmediatamente en pos de ellos.

—¿Qué hay de nuevo, tío Pepito? preguntó D. Gregorio, echando pié á tierra, al hombre que parecia aguardar su llegada.

—Nada, mi amo, nada que merezca la pena, contestó el tío Pepito, hombrecillo rechoncho, de cara redonda, y con unos ojillos grises llenos de malicia.

—¿No han llegado los que yo aguardaba?

—Perdone V. mi amo, hace ya una hora que están en la chacra. Dicen que tienen que marcharse al instante y le aguardan con impaciencia.

—Muy bien. Anuncieles V. que he llegado, y que dentro de un instante estaré á sus órdenes.

El mayoral, porque tal era el cargo de aquel hombre en la chacra, entró en la casa sin contestar.

D. Tadeo, que parecia conocer muy bien el si-

tio en que se encontraba, habia desaparecido tambien, llevándose en sus brazos á la jóven desmayada.

Los dos franceses quedaron solos con D. Gregorio. Este se adelantó hácia ellos.

—Ahora que están VV., segun suponemos, en completa seguridad, al menos provisionalmente, dijo Valentin, no nos resta mas que despedirnos de VV.

—¡No por cierto! exclamó D. Gregorio. No será así. La casualidad no proporciona con bastante frecuencia á amigos tan seguros como VV. para que se les deje marchar cuando una vez se los tiene. Se quedarán VV. aqui, si gustan; nuestro conocimiento no ha de concluir en esto.

—Si nuestro concurso puede serles útil, caballero, dijo noblemente el conde, nos mantenemos á la disposicion de VV.

—Gracias, dijo D. Gregorio, con voz conmovida, estrechándoles las manos con vehemencia. ¡Nunca olvidaré que les debo la vida, así como la de mi amigo! ¿Hay algo en que pueda serles útil?....

—¡Eh! dijo Valentin riendo, es segun, caballero, en nada y en todo.

—Espíquese V., repuso D. Gregorio.

—¡Qué diablos! ya comprende V..... somos extranjeros en este país.

El chileno parecia que los examinaba atentamente.

—¿Cuándo han llegado VV.? preguntó.

—Llegamos en este instante. VV. son las primeras personas con quienes nos hemos encontrado en relaciones.

—Muy bien, dijo lentamente D. Gregorio. He dicho á VV. que me ponía á su disposicion, ¿no es cierto?

—Sí, y se lo agradecemos sinceramente, aunque contamos con que nunca necesitaremos recordarle ese ofrecimiento generoso.

—Comprendo su delicadeza; pero un servicio como el que nos han prestado VV. á mi amigo y á mí, liga eternamente. No se ocupen VV. de su fortuna: está hecha.

—Perdone V., dijo Valentin, ya no nos entendemos, y se equivoca V. respecto de nosotros. No somos de esas gentes que se hacen pagar por haber obrado con arreglo á los impulsos de su corazón. Nada nos deben VV.

—No pretendo pagarlos, señores, solo quiero unirles á mí, proponerles que compartan mi buena ó mi mala suerte. En una palabra, propongo á VV. ser su hermano.

—En ese concepto aceptamos, dijo Luis, y sabremos mostrarnos dignos de tan precioso favor.

(Se continuará.)

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.—Véase el núm. 23).

—De veras.

El pilluelo guardó las monedas, y agitando en el aire su turbante, principió á dar brincos de alegría.

Y continuando con sus cabriolas y demostraciones de regocijo, desapareció por un callejon con la velocidad del gamo.

En tanto Frari se introdujo en la casa en cuestion.

—¿A quién buscáis? exclamó el portero sacando la cabeza, tonsurada bajo la influencia de los años, por la ventanilla de su cuchitril.

Frari se halló indeciso en contestar, meditando que el Braciano en Nápoles, y el Geminiano en Venecia, pudo haber adoptado en Constantinopla otro tercer pseudónimo.

—¿A quien buscáis? repuso el portero en estridente.

—A vuestro amo, dijo Frari.

—¿A mi amo?

—¿Está en casa?

—Creo que sí, caballero, podeis pasar.

Y el canchero sacó de un pito un agudo chifido.

Frari penetró en un patio y subió una ancha escalera, en cuyo último tramo se encontró un criado.

—Seguidme, caballero, dijo.

Frari le siguió, en efecto.

Atravesaron corredores y vestibulos, en los que se ofrecian á la vista magníficos frescos, parándose al fin el conductor.

—Mirad esa crujía, dijo este, seguidla en toda su estension, empujad la primera puerta que encontreis, entrad á la antecámara, y allí, otro criado os anunciará á mi señor, el gran Amurates.

—¡Amurates! articuló Frari. ¡Ah diablos!

Y luego en voz clara y apacible.

—Está bien, replicó.

Un instante despues se presentó á Frari un jóven negro, con el cabello rizado y los labios voluminosos, entre los que se perfilaban unos brillantes y blanquíssimos dientes.

—Anunciadme, mandó Frari al negro en el turco mas puro que pudo articular.

—¿Vuestro nombre?..... preguntó el ayuda de cámara.

—No le tengo.

El negro abrió ojos tamaños.

—Pero podeis anunciar á vuestro señor un extranjero.

El ayuda de cámara desapareció por una puerta lateral.

Estaba Amurates, aquel mismo hombre que llevaba su sordidez hasta vender por sí propio un simple esclavo, estaba reclinado en una elegante otomana, cubierta de ricas telas bordadas en oro.

Al aplicar los labios á la boquilla de ámbar de la enorme y bonita pipa que descansaba en el pavimento de la ovalada y espléndida habitacion, se presentó el ayuda de cámara en el dintel.

—¡Señor! dijo, un extranjero!

—¡Un extranjero! ¿Dónde has aprendido ese modo de anunciar? murmuró entre irritado el gran señor.

—No ha permitido decir su nombre.

Amurates, haciendo una seña, á la que obedeció el ayuda de cámara tomando la pipa y poniéndola en su sitio peculiar, quedó pensativo.

E incontinenti pasó una idea terrible por su cabeza: oye, dijo.

El ayuda de cámara se retiró á una distancia prudente, suspendido, por decirlo así, de las frases que iba á pronunciar su amo.

—¿Qué traza tiene ese extranjero?

—¡Pse! contestó el negro, la de un rayá.

—¡Y se atreve á rodearse de misterio!

—Es un hombre muy singular, señor.

—¿Cómo va vestido?

—Parece un marino italiano.

—¿Capitan?

—No; simplemente un marino.

—¡Los marinos son los diablos! murmuró Amurates.

—¿Y qué debo decirle, señor? ¿Estais visible?

—¡Tunante! gritó Amurates encolerizado, ¿cómo te atreves á preguntarme?

—¡Perdon, señor! balbuceó el ayuda de cámara, inclinándose agobiado bajo la omnipotente mirada de su amo.

—Anda, articuló este, dile que pase; pero cuando entre, ¿oyes bien? cuando entre, toma la cimitarra y ponte en escucha tras los tapices de la puerta. ¡Cuidado!

El negro hizo una profunda reverencia y salió de la estancia, murmurando:

—¡Yo tunante! tú, amo fatuo; tú, pobre perdido, rayá *sin jusparas*; tú, que asesinaste con disgustos á la desgraciada señora; tú eres el tunante, sí!....

En tanto Amurates cayó, porque se habia levantado al decir *anda*, en el fondo de la otomana.

En frente habia en la pared, sobre una mes-

y entre dos balcones, un enorme espejo de Venecia.

Amurates le dirigió una mirada embutida, por decirlo así, en honda espresion de tristeza.

Entonces pudo ver la completa mudanza que habian experimentado sus facciones desde diez y siete años á aquella parte.

Su color moreno, antes tan gracioso, como diria quizás una coqueta, parecia á la sazón el de un mulato; su frente estaba surcada por sendas arrugas, y un círculo pálido oprimia ya sus ojos.

— ¡El tiempo! el tiempo! murmuró con afliccion; ¡qué abismo tan profundo es! qué compañero tan fiel de la destruccion y de la muerte!...

No temo á la muerte, no temo á la voz amenazadora que se levanta en mi alma anunciando un terrible cataclismo; lo que temo es que mi querida hija sea presa de la voracidad humana.....

— Pero en qué se funda mi presentimiento? añadió tomando sus ideas otro rumbo; ¿será tal vez porque me figure ver el fantasma del estrangulado á través del cristal por el que miraba á la calle hace una hora? No..... no, es imposible..... el diablo no querria tomar dos veces la figura de Roberto.....

— ¿Y si á pesar de todo, prosiguió con energia, esa persona tan extraordinariamente anunciada fuese un oculto enemigo? Veamos: ¡hombre prevenido vale por dos!

Esto diciendo, veloz como el pensamiento, se levantó de la otomana, estrajo dos pistolas de un buró, y con mano trémula, las guardó en la faltriquera.

— ¡Ahora, pues, que venga ese extranjero! dijo.

Dejóse caer en la otomana y esperó, contentando el aliento, con el ojo avizor y la frente bañada en sudor.

Trascurrieron dos minutos.

Amurates estaba tan impaciente que tuvo tentaciones de lanzarse á la antecámara.

En el mismo instante apareció Frari en el dintel de la habitacion, con el talante erguido y el rostro completamente sereno.

Amurates le midió de alto á abajo con una ojeada, y sintió picar en su labio un escalofrío y circular por todos sus miembros un terror inesplicable.

— ¿Quién sois, caballero? le preguntó con ansiedad y perdiendo el natural diápasón de su voz dulce.

Entonces Frari, sin dignarse contestar, encogió los hombros y dió un paso en la habitacion.

CAPITULO VIII.

DE CÓMO Á LA NOCHE DEL OLVIDO SUELE DESCENDER UNA RÁFAGA DE LUZ.

Adelantóse Frari hasta el centro de la habitacion, inclinándose á la oriental ante el gran señor, y quedó como una estatua enclavada en su pedestal.

Amurates estuvo por exhalar un grito de asombro; pero sus labios se cerraron crispadamente. Toda la energia de su existencia se concentró en sus ojos, que se fijaron en Frari, cuyo rostro impassible parecia un velo de mármol.

Aquellos dos hombres, observándose recíprocamente, cualquiera hubiera dicho que se petrificaban.

Decidido Amurates á dominar su agitacion exterior, se levantó de la otomana afectando urbanidad.

— Bien venido, caballero, á esta su casa, dijo en voz ahogada.

— ¡Oh, señor! repuso Frari; os doy las gracias y debo advertiros que, aunque no me conocéis, yo os estimaba antes de ahora.

Amurates palideció.

Y trastornado con el acento misteriosamente mágico de aquel hombre, procuró ocultar su turbacion con demostraciones de política. Le alargó la mano; pero de repente la sintió helada entre las manos del extranjero.

— ¡Cómo! tartamudeó, ¿no me estimabais antes de ahora, caballero?

— Soy un amigo íntimo de vuestro hermano Alejandro.

— ¡Vos el amigo de mi hermano Alejandro! ¿No decís eso?

— Hemos vivido juntos por espacio de cinco ó seis años en la mas perfecta armonía.

— ¡Dios mio! es posible que yo sepa de mi hermano! qué felicidad!

— Eso creia proporcionaros con la noticia.

— Cierito, caballero, que me dais á probar una dicha que no he experimentado há mucho tiempo.

Frari se sonrió; pero su espresion solo la entendió su alma que la produjo y Dios que lee en los abismos.

— ¡Oh! ¿Con que al fin mi hermano se acuerda de mí? continuó Amurates con entusiasmo.

— ¡Os amaba tanto!

— Venid, caballero, sentaos en la otomana y hablemos de él,

Frari se dejó caer con familiaridad en la mullida y blanda otomana.

Amurates tomó de una próxima mesa un pito de plata con boquilla de oro, y acercándole á sus labios produjo un argentino y agudo sonido que vibró las cortinillas y los tapices.

El ayuda de cámara se presentó al momento, cambiando al soslayo con Frari una mirada de inteligencia, rápida y sagaz.

— Un almuerzo de dos cubiertos, dijo Amurates.

El negro se inclinó.

— Dí á la señorita que siento no poder acompañarla esta mañana.

El ayuda de cámara se retiró.

— Con el corazón os suplico que por mí no priveis de vuestra presencia á esa señorita, articuló Frari.

— Mi hija, caballero, gusta de todo lo que hago. Además es necesario que vos almorceis conmigo, y mientras, me dareis el placer de hablar de mi querido hermano.

— El almuerzo dijo el negro apareciendo en el umbral.

— Tráelo aquí, respondió Amurates. ¿No os parece bien?

Y miró á Frari.

— Estoy á vuestras órdenes, murmuró este.

— Pues que nos lo sirvan aquí, y para todo el mundo estoy invisible hasta nueva orden. ¡Cuidado!

La última palabra recordó al negro el espeso encargo de vigilar tras la puerta cimitarra en mano.

El ayuda de cámara ojeó á Frari oblicuamente y ambos se sonrieron casi con un movimiento imperceptible de labios.

Aquel se retiró.

— Así, caballero, insinuó Amurates, podremos hablar á nuestras anchuras, porque en el comedor hay siempre orejas que escuchan.

— Sois asaz prudente y precavido.

— Ni aun he querido que mi hija nos acompañe por estar solos, completamente solos; pues no dudo que tendréis que comunicarme alguna cosa notable.

— Tal vez.

— Y aunque no, caballero, como os conceptúo desde ahora mi confidente, ningun inconveniente tengo en advertiros que estoy solo con vos, porque, sobre todo, nadie, ni aun mi hija, debe saber que me resta familia.

El almuerzo principió á servirse.

Los enemigos árabes jamás comen juntos y cuando lo verifican, cuando han tomado sal de un mismo receptáculo, olvidan sus anteriores rencillas y ódios, entregándose á un periodo de dulce expansion.

Efectivamente es una horrible profanacion comer en la mesa de aquel que se va á asesinar, ó cuando menos de aquel que profesamos un rencor implacable.

Esta idea cruzó la frente de Frari; pero acordándose que nada le ligaba ni con los hombres ni con sus costumbres, comió sal con su enemigo, que desde aquel momento creyó no debía temer nada de aquel hombre.

El criado que servia los platos, no paraba en el gabinete sino el tiempo preciso y urgente.

— Con que hablemos de mi familia, caballero, exclamó Amurates.

— Estoy dispuesto á complaceros.

— ¿Dónde conocisteis á mi hermano?

— A Adriani le conocí en Roma, por desgracia, cuatro dias antes de morir.

— ¡Dios mio! qué desgracia!

Añadió despues de un momento de tristeza.

— Pero yo hablaba de Alejandro, caballero.

— ¿Tanto tiempo hace que no le veis?

A esta pregunta las mejillas de Amurates se pusieron palidas como las de un muerto.

— ¿Qué tiempo hace?... murmuró, lo menos han trascurrido.... ¡creo que sí!.... lo menos diez y siete años.....

— ¿De veras, caballero? habeis tenido la calma de no ver á vuestro hermano en diez y siete años?

— ¿Y dónde le conocisteis vos? preguntó Amurates, eludiendo el giro que iba tomando el diálogo.

— En España, y nos agradamos tanto, que tres meses despues de estar inscripto en el rol de la tripulacion que capitaneaba vuestro hermano, habiendo caído enfermo de gravedad, me llamó á su lecho de dolor.....

— ¡Ah! ya adivino! exclamó aterrado Amurates; os llamó á su lecho para revelaros una locura que la bautizaría con el título de secreto de familia! ¿No es así?

— Tan luego como estuve á su lado, me dijo, que iba á morir; entonces yo principié á abrazarle prodigando cuantos consuelos se me ocurrían; pero no solo vivió, sino que su salud fué mejorando cada dia. Llegamos á Civita-Vechia, y aunque muy ágil estuviese, se vió, sin embargo, obligado á quedarse en aquel punto, nombrando quien le habia de sustituir para mandar el buque que con precision salia para Constantinopla. Me llamó á su habitacion y me dió una carta, diciendo:

«Tan pronto como llegéis á Constantinopla, entregadla á mi hermano Braciano.»

Ahora bien, caballero, prosiguió Frari, la carta aquí la teneis.

Y alargó á Amurates un papel.

— ¡Pero esto es incomprendible! replicó Amurates. ¿Cómo sabia mi hermano que yo estaba en Constantinopla?

— Lo ignoro, caballero.

— Y vos, ¿cómo habeis descubierto que el Braciano de Nápoles es el Amurates de Constantinopla?

— ¿Me permitiréis que guarde silencio sobre este particular?

— ¿Qué motivos podeis tener para ello?

— ¡Diantre, señor! de algun misterio se ha de rodear el que anda por esos mundos, repuso Frari con candidez.

Pero habia un no se qué tan poco satisfactorio en esta respuesta, que Amurates se creyó amedrentado que aquel hombre sabia mucho mas de lo que aparentaba.

Entonces abrió casi tembloroso la carta y leyó á media voz:

«Querido Braciano:

«Este nombre lo adoptastes en un momento supremo, que no habrás olvidado como yo, pero tan inútilmente.

«Dios sabe lo que puede convenir.

«El dador es capaz y digno de una confianza sin limites, y tanto, que le he enterado de todos los pormenores de nuestra juventud.

«Ten presente que en todas partes del mundo te abraza tu hermano

»ALEJANDRO.»

El criado se llevó los despojos del almuerzo, y entonces Amurates, reconociendo la firma de su hermano, se acercó á un pupitre, y tomando una pluma que mojó en tinta de un azul trasparente, escribió la siguiente contestacion que entregó á Frari.

«Querido Alejandro:

«Tu hermano, gracias al destino, tiene un excelente caudal y te espera siempre en Constantinopla para que lo disfrutes á su lado. Te ama con delirio.

«Tu hermano

»BRACIANO.»



¿Y creéis que un hombre pueda ser asesinado dos veces? (Pág. 377, columna 4.ª)

«Posdata.

«Ahora, como te dirá el dador, me llamo Amurates, lo cual crearás extraño y misterioso, ¿no es cierto? Pues bien, hermano mio, ven y te enseñaré la clave.»

—Perfectamente, contestó Frari; esta carta llegará á su destino lo mas pronto posible.

—¿Y no puedo saber al menos el nombre del que se me ofrece con tanta generosidad? preguntó Amurates entre azorado y sereno.

—¡Ay! mi mas inmenso gusto estribaría en complaceros; pero ¿creéis que un desgraciado debe revelar su nombre?

—¿Con que habeis sido desgraciado?

—¿No lo conoceis en mi rostro?

—¡Es verdad! Bien lo indican vuestros brillantes y negros ojos, pero lánguidos y como abismados; vuestra frente todavía jóven, pero ya cortada por las arrugas; vuestra cabeza vigorosa y erguida, pero ya cubierta de cabellos grises..... ¡Ah! gritó de repente Amurates soliviantado y mirando á su interlocutor con espresion de espanto ¡ah!.....

Pero añadió conteniéndose:

—No..... no..... es imposible..... yo no he podido veros en ninguna otra parte ¿es verdad? y sin embargo..... me parece que no sois extraño para mí..... En fin, caballero..... sea lo que quiera, es lo cierto que somos ya conocidos y amigos. Veamos; ¿deciais que habiais sido desgraciado?

—No mucho.

—¿Con que habeis disfrutado de alguna dicha?

—De una dicha ficticia.

—No os comprendo.

La felicidad ó la desgracia consiste en la comparacion que hacemos de nuestro estado con el de los seres que nos rodean. Yo me creia el mas infortunado de los mortales, y tan luego como supe que habia existido un hombre en cuya balanza de sufrimientos nada pesarian todos mis dolores juntos, sea por un principio de egoismo, que constituye en nuestro corazon la ventura, ó sea por lo que quiera, es lo cierto que desde aquel momento me sentí aliviado y respiré. El hombre que vaga por las calles sin ver las maravillas de la creacion, un pobre ciego es susceptible de poca felicidad; si le decis á cada instante que sus semejantes ven de noche la hermosa bóveda azul del firmamento, y que de dia admiran los destellos con que el sol corona el universo; si le decis que todos menos él disfrutan de goces inefables, no dejará de sentir que la mano de la desesperacion retuerce sus entrañas; pero si aseguran que bajo las calles que pisa hay fétidos y lóbregos calabozos donde se pudren hombres que pudieran andar, y que están oprimidos con fuertes cadenas; hombres que pudieran mojar los labios en la copa de los placeres, y que, sin embargo, solo experimentan la sed de los sollozos y gemidos; hombres que pudieran ver y que están condenados á una perpétua oscuridad; si le decis todo esto, ese pobre ciego que vive de limosna se le figura entonces que aun tiene que dar gracias á Dios por las felicidades que le proporciona. Así, pues, yo, pobre ciego, perdido en la oscuridad de los pesares y martirios, no pude menos de creer que saboreaba alguna dicha cuando supe que un hombre, además de haberle privado como á mí de los hijos que tanto amaba, sufrió el

deshonor mas profundo; fué seducida su mujer; fué asesinado su padre, y no contenta la fatalidad, estendió su mano destructora y le empujó al ignominioso patíbulo, mientras el populacho le gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

¡Muera el parricidal!.... muera!

—¡Dios mio! exclamó Amurates desencajado; ¿y quién le proporcionó tan acerbos sufrimientos?

—¿Quién?

—Sí, ¿quién! ¿Le conoceis?

—Como conozco á vos.

Y Frari fijó su tremenda sonrisa en Amurates.

Una nube paso ante la vista de este, que violento por tanto tiempo, desencadenó á los ojos de su terrible interlocutor todo el miedo que inundaba su existencia.

Con el cabello tirado atrás, espeluznado y crispado, con las pupilas trémulas y errantes cual la de un loco, con la nariz dilatada, livido, pudo articular con voz destemplada y ronca.

—¿Cómo, vos me conoceis?

Y el acento refluyó á su garganta, produciendo una especie de espantoso hipo.

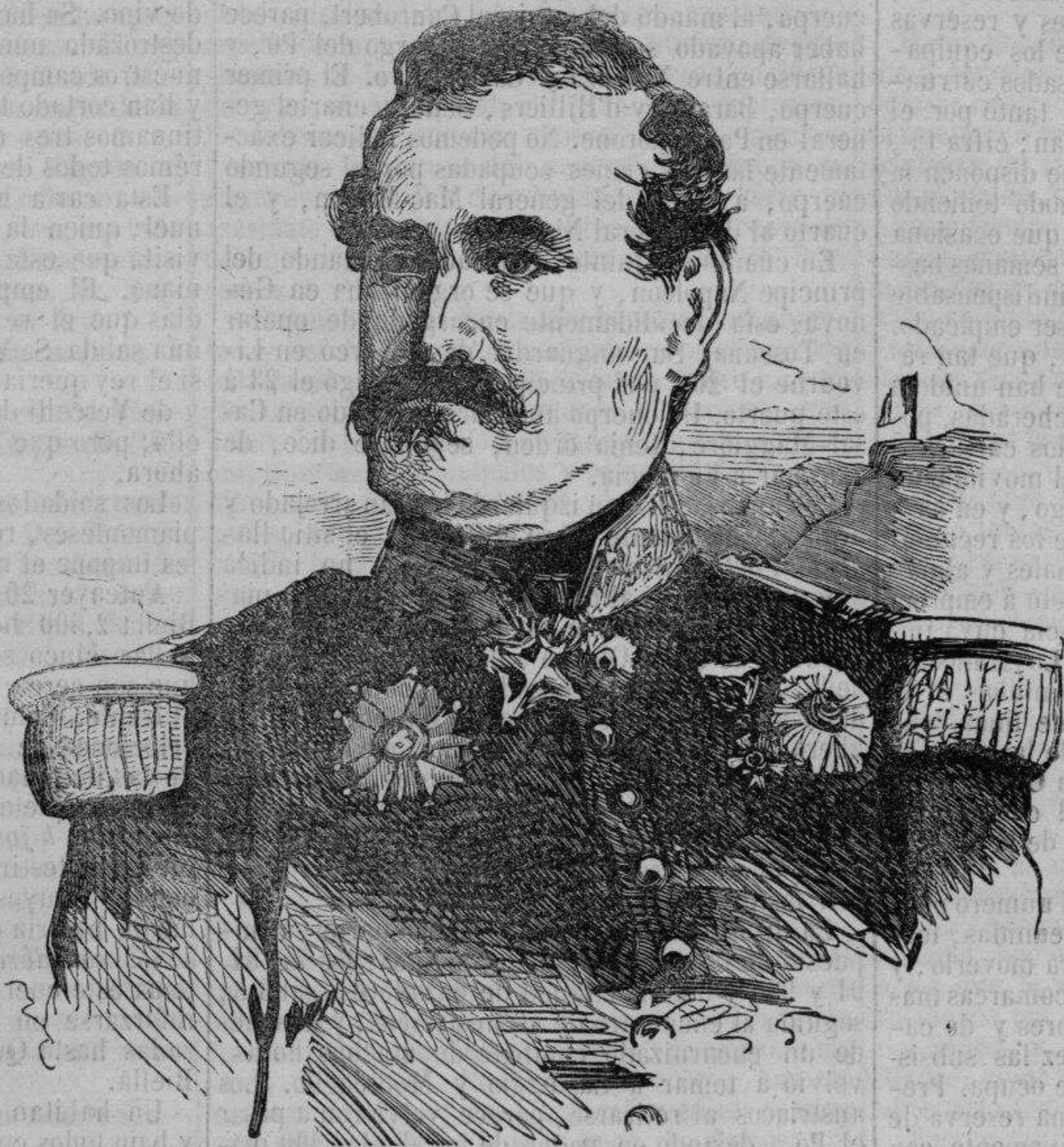
—¿Qué tenéis? preguntó Frari.

—¡Ah! Dios mio! balbuceó Amurates lanzando á la puerta de la habitacion una mirada suplicante.

—Sí, ese Dios que impetrais, caballero, es el que señala con el dedo al que ocasionó tan inauditos desastres.

—¡No es posible! no es posible!

—¿Qué no? Tenia como vos una frente ancha.



EL GENERAL DE DIVISION ELIAS-FEDERICO FOREY, COMANDANTE EN JEFE EN EL COMBATE DE MONTEBELLO.

de cutis moreno, nariz aguileña, cabello ensortijado, ojos pardos.
 — ¡Caballero!
 — ¿Os convienen las señas quizás?
 Y sin hacer demostracion de furia, pero imponente y sombrío con su majestuoso continente, se puso de pié.
 — ¡Oh, caballero! articuló Amurates despectivo; ¡observad que acabais de insultarme en mi propia casa!
 — ¿Me pedís una esplicacion?
 — ¿Y es acaso que me desafiáis? refunfuñó Amurates hondamente agitado por siniestros presagios.
 — ¡Oh! lo que es yo, desafío á todos los seductores! exclamó Frari arrojando esta vez en la mirada chispeantes rayos.
 — ¡Pero yo no soy seductor, caballero!
 — Sois mas aun.
 — ¡Ira de infierno!
 — ¡Sois un asesino!
 — ¡Yo! yo!....
 — Y además de seductor y asesino, un miserable ladrón.
 — ¡Ah! mil rayos!
 Y dando un salto sobre la otomana, delirante y convulsivo, comenzó á gritar.
 — ¡A mil á mil!
 Luego, mirando al hombre que tenia delante con ojos sangrientos.
 — ¡Vais á ser muerto con la cimitarra de mi esclavo! añadió con ronco y agitado acento.
 — ¿Y creéis que un hombre puede ser asesinado dos veces? creéis que un hombre puede salir del sepulcro para volver á él, por voluntad de un miserable como vos?

Amurates, ciego de cólera y de terror á la vez, arrojó una postrer mirada hácia la puerta; pero viendo que nadie iba en su auxilio, descompuesto, pálido, frenético, aterrado, apenas sosteniéndose en las corvas, hizo un supremo esfuerzo y sacó dos pistolas de la faltriquera.
 — ¡Vais á morir! dijo.
 — ¿Yo?
 Y soltó una terrible carcajada histérica, contráctil, punzante, cruel.
 — ¿Pero quién sois? balbuceó Amurates preparándose á disparar. ¿Quién sois? sois hombre ó un demonio?
 — Yo soy nada mas que vuestra víctima. ¡Roberto Frari!
 — Entonces Amurates como herido en el corazón, fulminó un agudo y doloroso grito cayendo sin sentido sobre el pavimento.
 — ¡Justicia de Dios ó del demonio! ¿De quién? de quién? exclamó Frari con solemnidad.
 Y acercándose á aquel cuerpo desmayado, dijo estendiendo las manos con espresion calenturienta:
 — ¡Al fin voy á realizar mis sueños de venganza!
 Luego dando un paso, y poniéndose en el dintel del gabinete.
 — ¡Alma viciosa! exclamó mirando á su enemigo con flameantes pupilas; ¡cuerpo corrupto! desde hoy me perteneces! desde este instante eres mi esclavo!
 Y salió del gabinete.

(Se continuará).

HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 23).

Por lo que hemos visto de las divisiones de infanteria trasladadas en pocos dias de Argelia, de Lyon ó de Paris á Génova y á Turin, se ha creído muy generalmente que los ferro-carriles y los buques de vapor permitian trasladar con la misma rapidez á un punto lejano un ejército provisto de todo lo necesario para entrar en campaña. Este es un error de que el público debe desengañarse. Las vias férreas francesas, con los recursos reunidos de muchas compañías, trasladan por término medio unos diez mil infantes por dia de Paris á Lyon; en el mismo espacio de tiempo pueden hacer llegar algunos escuadrones ó un reducido número de baterias. Pero hasta ahí llegan, nada mas. Tambien los medios de trasportes maritimos son muy limitados en lo que concierne á la caballeria, artilleria y equipos.
 Puede valuarse hoy en 120,000 hombres, por lo menos, la infanteria francesa que se halla en el Piamonte. Esta fuerza, segun las proporciones en que está repartida entre las diferentes armas, y segun los países donde opera, supone cerca de 12,000 ginetes, número suficiente en Italia, donde la configuracion del terreno no permite grandes choques de caballeria; pero que seria demasiado débil en Bélgica ó en Alemania. Este

ejército debe tener consigo lo menos 250 bocas de fuego de campaña, ó sea 42 baterías, exigiendo para su conducción unos 9,000 caballos. Si á estos 21,000 caballos se añaden los del Estado Mayor, los del cuerpo de ingenieros, ambulancias, parque del sitio, equipaje de puentes y reservas de artillería, en fin, los del tren de los equipajes, y hasta los de los muchos y pesados carruajes, se llegará á una cifra enorme, tanto por el peso como por el espacio que ocupan; cifra tal, que con los poderosos medios de que disponen la marina y los ferro-carriles, sobre todo teniendo en cuenta las dificultades y atrasos que ocasiona la travesía de las montañas, algunas semanas bastarán para que todo este material indispensable se reúna en los puntos donde debe ser empleado.

Las primeras divisiones francesas, que tan rápidamente han llegado á Turin y se han unido á los piemonteses tras las líneas atrincheradas, podían detener con sus bayonetas y los cartuchos que cada soldado llevaba consigo, el movimiento ofensivo de los austriacos. Desde luego, y en caso de necesidad, se habrían servido de los recursos que les hubiesen facilitado los arsenales y almacenes de los piemonteses; pero de esto á emprender una campaña, hay una diferencia cuya importancia es preciso saber apreciar. Los franceses empezaron á desembocar de las montañas el 30 de abril; la artillería y caballería de línea continúa llegando todos los días; las de la guardia, obligadas á seguir el camino de la Corniche, á causa de los entorpecimientos del camino del monte Cenis, no llegaron al teatro de la guerra hasta el 25 del pasado.

Doscientos mil soldados, que es el número pocas ó menos de las tropas aliadas reunidas, forman un conjunto algo incómodo para moverlo, y sobre todo para alimentarlo. En las comarcas más fértiles, semejante reunión de hombres y de caballos devora con asombrosa rapidez las subsistencias que pueda darle el país que ocupa. Preciso es, pues, que lleve consigo una reserva de viveres, á fin de no contar exclusivamente con los recursos locales, con tanta más razón, cuanto que no deben contar con muchas de las comarcas, arruinadas con la prolongada ocupación de un ejército enemigo.

La cuestión de viveres y trasportes ha sido siempre la más grave de todas para los generales que mandan los ejércitos numerosos, y no debe desconocerse que es una de las mayores dificultades de la guerra en Italia. Afortunadamente el Pó será siempre el gran medio de provisión de los franceses; pero es preciso que á medida que vayan avanzando se apoderen de los puntos fortificados, tales como Plasencia, que ocupan los austriacos, y que domina el río.

Durante algunos días, los ejércitos han permanecido en una inmovilidad casi completa; después se ha pronunciado decididamente el movimiento de concentración de los austriacos, transformado muy pronto en movimiento de retirada. Han evacuado á san Germano, luego á Vercelli, que han ocupado inmediatamente los piemonteses. Estos, al mando del general Cialdini, vadearon el 21 el Sesia por dos puntos diferentes: frente á Albano, á 10 kilómetros más arriba de Vercelli, y después más abajo de esta ciudad. Ambas columnas, después de una resistencia bastante viva en uno de los puntos, é insignificante en el otro, se reunieron en la aldea de Borgo-Vercelli, á 4 kilómetros de Vercelli, en el camino de Novara.

Es evidente que los piemonteses solo tenían que ver con la retaguardia, y que los austriacos no trataban de disputar el paso del Sesia. Al mismo tiempo el cuerpo de Garibaldi, compuesto de 4,000 hombres, volvía á tomar, sin combate alguno, posesión de Romagnano, en el alto Sesia, y al día siguiente, de Arona, en el Lago Mayor, desde donde penetró este general en Lombardia, pasando el Tesino en Sesto-Calenda.

El general austriaco Urban estaba encargado, con una columna móvil, de reprimir cualquier tentativa de insurrección, y por consiguiente, de seguir los movimientos de los cuerpos de partidarios italianos.

En el centro, es decir, á lo largo de la línea

del Pó, desde la embocadura del Sesia hasta la del Tesino, no ha habido movimiento alguno significativo. El emperador continúa con su cuartel general en Alejandria, donde ha ido á reunirse la infantería de la guardia imperial. El tercer cuerpo, al mando del mariscal Canrobert, parece haber apoyado su derecha á lo largo del Pó, y hallarse entre Valenza y Castel-Novo. El primer cuerpo, Baraguay d'Hilliers, tiene su cuartel general en Ponte Corone. No podemos indicar exactamente las posiciones ocupadas por el segundo cuerpo, á cargo del general Mac-Mahon, y el cuarto al del general Niel.

En cuanto al quinto, colocado al mando del príncipe Napoleón, y que se organizaba en Génova, está decididamente encargado de operar en Toscana. Su vanguardia desembarcó en Livourne el 20, y el príncipe mismo llegó el 23 á este puerto. Un cuerpo austriaco, reunido en Casal-Maggiore, tenía orden, según se dice, de marchar á Florencia.

Los austriacos á su izquierda habían arrojado y utilizado un puente sobre el Pó, en el sitio llamado *Pórtico della Stella*, sitio que no indica ningún plano, ni aun el del Estado mayor piemontés, pero que debe hallarse en el camino que conduce de Corte Olonna ó de Belgiojoso á Stradella. Al emplear este paso había ocupado á Stradella y Brani, en el camino de Plasencia á Voghera. El 20 hicieron un reconocimiento en número de cerca de 15,000 hombres, á las órdenes del general conde de Stadion, hacia Casteggio, donde se hallaba la caballería sarda, que hasta ahora parece encargada de explorar y cubrir las divisiones de infantería francesa.

La división Forey, del primer cuerpo, compuesta de cuatro regimientos de línea, los 74, 84, 91 y 98, y del 17 batallón de cazadores, salió en seguida al encuentro de los austriacos, y después de un encarnizado combate de muchas horas, volvió á tomar á Casteggio y Montebello. Los austriacos al retirarse, parece volvieron á pasar el Pó, dejando en poder de los aliados 200 prisioneros, entre ellos un coronel y muchos oficiales heridos. La pérdida de las tropas aliadas ha ascendido á más de 600 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general de brigada Beuret y dos jefes de batallones, y tres coroneles y un comandante entre los heridos. El coronel piemontés Morelli fué herido mortalmente. La pérdida de los austriacos se valúa en 2,000 hombres.

La división francesa se componía de 8 á 9,000 hombres, inclusa la caballería piemontesa. Se conoce que los aliados combatían lo más dos contra tres. Lo que no deja de ser curioso, es que la ciudad tan vivamente disputada, sea la misma que aquella donde el general Lannes (que mandaba la vanguardia del ejército que pasó el monte san Bernardo) conquistó en 1800 el título que le fué conferido después de duque de Montebello. Solo que entonces los franceses iban de Plasencia dirigiéndose hacia Alejandria, mientras los austriacos, de espaldas á Francia, cubrían esta ciudad, donde el general Melas reunió su ejército para dar la batalla de Marengo (1).

Los aliados, después de ocupar á Montebello y Casteggio, no han perseguido á los austriacos en su retirada.

Es probable que á estas horas los austriacos hayan vuelto á pasar el Tesino, teniendo cubierto su frente por este río, en tanto que su flanco izquierdo defiende el Pó desde Pavia hasta Plasencia.

Ahora, para que nuestros lectores formen una idea de los estragos que ha ido haciendo el ejército austriaco por donde ha ido pasando, insertaremos una carta que desde Turin escriben á la *Independencia Belga*, y que contiene además curiosos pormenores, que no dudamos serán leídos con bastante interés.

Dice así:

«TURIN 22 de mayo.

«Tengo en mi poder una copia de la carta siguiente escrita desde Nicorvo, ciudad de la Lo-

(1) Véase la *Historia del Consulado y del Imperio* de M. Thiers, t. I.

mellina, en el camino de Bobbio á Mortara, y tan rica hace poco como la ciudad más opulenta de la Lombardia.

«No tenemos aquí ni un grano de arroz ni un grano de trigo, ni un grano de maíz, ni una gota de vino. Se han llevado nuestros caballos; han destrozado nuestros ganados; han inutilizado nuestros campos como si fuese un camino real, y han cortado todos los árboles frutales. Si continuamos tres días más en esta situación, morirémos todos de hambre.»

Esta carta ha sido enviada al rey Victor-Manuel, quien la ha enseñado al emperador en la visita que este hizo al cuartel general de Occiniano. El emperador la guardó. Hace muchos días que el rey Victor-Manuel insiste en hacer una salida. S. M. el emperador ha contestado que si el rey quería librar á las provincias de Novara y de Vercelli de los austriacos, no se opondría á ello; pero que en cuanto á él no cooperaba por ahora.

Los soldados y oficiales franceses, como los piemonteses, reniegan de la inacción forzosa que les impone el mal tiempo.

Anteayer 20 de mayo, á las tres, llegaron á Biella 2,500 hombres de la legión de Garibaldi. A las cinco se esperaba el resto de la legión, que son cerca de 3,000 hombres, con el general al frente. Como soy poco aficionado á dar descripciones de fiestas, dejé á un lado hablar á V. de las iluminaciones, arcos de triunfo y fraternales banquetes con que se ha celebrado la llegada de los hijos de Garibaldi. Omito hablar también del destino que se dará á este cuerpo. Dos oficiales suyos han venido esta mañana por la media batería que el marqués Ala Ponzoni regaló á los cazadores de los Alpes. La posición que toma este cuerpo ha obligado á los austriacos á reforzarse en Vercelli y colocar algunas avanzadas hasta Quinto, en el camino de Vercelli á Biella.

Un habitante de Voghera, empleado público, y bajo todos conceptos muy digno de fé, me escribe con fecha 16:

«Aquí han llegado infinidad de fugitivos de todos los puntos de la provincia. Los austriacos que todo lo invaden, hasta las cercanías de Bobbio, están cometiendo toda clase de estragos; rodean las casas señaladas y disparan tiros á los que se escapan. Cada uno de nosotros acoge á los amigos y parientes que consiguen librarse de ese sistema de *razzias*. Algunos hay que han tenido que recorrer veinte millas de montañas para llegar aquí desde Broni y Stradella, porque los austriacos donde quiera que aparecen, cierran las salidas.

«Entre los fugitivos se hallan también el vicepresidente de la cámara, M. Depretis, que ha sido designado, buscado y perseguido durante muchas leguas.

«Se cuentan á centenares los ciudadanos piemonteses que han sido trasladados á Plasencia; entre ellos figuran sacerdotes, jueces, empleados y algunas mujeres. Nos perdemos en conjeturas sobre el objeto de estas traslaciones. Además nuestra provincia ha sido tratada más duramente que la Lomellina. Allí, al menos, han sido respetadas las personas. ¡Y decir que no tenemos ni un cortaplumas! El gobierno nos lo ha arrebatado todo antes de la guerra. Si á nuestros paisanos se les devolviesen las armas, ya verían VV. represalias terribles.

«Dícese que ha muerto el *maire* (alcalde) de Broni, y que el de Stradella está agonizando. El domingo último se desmayó este cuando el general austriaco hizo detener, por medio de la caballería, un gran número de personas. El mismo tiene la casa por cárcel. El general que manda aquí se llama Urban. Se le tiene como á un *querrillero* del ejército austriaco. Ultimamente estaba en Como y llevaba consigo 3,000 hombres.»

Los austriacos dejaron á Voghera el domingo 15 de mayo, replegándose hacia Casteggio, que evacuaron después, así como á Broni.

El emperador continúa en Alejandria. Pasea sin escolta, acompañado solamente de algunos ayudantes de campo, con kékis encarnados.

Antes de ayer y ayer, S. M. I. ha pasado revista

la á la guardia imperial en la Plaza Real; después fué á visitar al rey al cuartel general de Occiniano. Llegó á las dos y media y permaneció allí cerca de una hora. No hablaré á V. del entusiasmo con que ha sido acogido por los soldados piamonteses y por el pueblo que se ha apresurado á venir de las ciudades vecinas. El rey estaba muy alegre; el emperador bastante preocupado. Este último ha dirigido en seguida la palabra familiarmente á muchas personas.

Al mismo tiempo que S. M., han llegado al cuartel general del rey, el coronel Cadogan, comisario inglés; el comisario Crezza, y el enviado de Toscana, el príncipe Neri Corsini. Esta mañana ha llegado aquí otro comisario toscano, Mr. Salvagnoli, pasando en seguida á ver al rey.

Mr. de Cavour ha sido llamado esta mañana á Alejandria por el Emperador.

En Génova va á establecerse un comité húngaro, compuesto de MM. Teleky, Klapka, Polthy y Skabo.

Llega sin cesar artillería y material de guerra por la parte de Susa y por Génova. Del lado de Nice han llegado ayer los cazadores á caballo de la guardia. En un arco de triunfo se había colocado la inscripción siguiente: — «Hijos de los héroes de Essling, recibid de la patria de Massena el primer saludo de Italia.»

En la noche del 16 al 17 unos 100 austriacos sorprendieron un puesto de avanzada en el puente de Valenza. Al día siguiente el emperador fué á Valenza, á caballo, acompañado de muchos generales. Recorrió la ciudad y se detuvo en el bastión, á la izquierda de Porta-Mortara, en el mismo sitio donde su tío se detuvo hace medio siglo.

El mismo espíritu de imparcialidad nos obliga á insertar la siguiente carta escrita desde Milan por un austriaco, y la cual encierra apreciaciones en extremo curiosas sobre el combate de Montebello.

«MILAN 22 de mayo.

«Os anuncio con bastante sentimiento que nuestros dos regimientos austriacos, el del archiduque Carlos, compuesto de moravos, y el de Culoz, compuesto de húngaros, formando un total de 12,000 hombres, regresaron anteayer á Pavia en un estado lastimoso.

«Ya os dije en mi última carta que el general Stadion había entrado en Pavia, y que volvió á salir por la puerta de Cremona. A dos leguas de Pavia se halla el puente de Becca, establecido por los austriacos, que conduce entre Broni y Casteggio, á la antigua via romana (via Emilia), estendiéndose desde el Mediterráneo á Plasencia.

La intencion de nuestro general era sin duda la de elegir posiciones ventajosas entre los costados que flanquean el camino, á fin de poder oponerse con mayor facilidad á la marcha de los aliados franco-sardos hácia Plasencia. Avanzamos, pues, hácia Casteggio para hacer un reconocimiento, y hallamos la ciudad atrincherada y á sus habitantes preparados á la defensa. Algunos cañonazos vencieron este obstáculo; pero perdimos mucho tiempo en hacer avanzar y colocar en batería nuestras piezas.

«Pensábamos instalarnos tranquilamente en Casteggio, posicion muy importante, puesto que los caminos de Milan, de Génova y Plasencia se cruzan allí, cuando de pronto notamos que algunos piamonteses estaban apostados en las colinas de los alrededores. Al principio creímos que solo eran puestos de poca importancia; pero mientras estábamos ocupados en echar abajo las barricadas de Casteggio, 10 á 12,000 hombres vinieron á tomar posicion frente á nosotros. La batalla empezó. Después de algunos cañonazos y fuego de fusilería, los piamonteses avanzaron con una carga á la bayoneta. Ya sabéis que este modo salvaje de hacer la guerra, es ajeno á nuestras costumbres; sin embargo, respondimos á él valerosamente procediendo de igual manera.

«Nuestros soldados han hecho prodigios de valor; pero preciso es decir que el maldito manejo de la bayoneta es su lado débil. Así es que después de pérdidas crueles tuvimos que retroceder

hácia el puente, que por fortuna estaba fortificado. Durante esta retirada nos convencimos de que teníamos que habérmolas con antropófagos. Los campesinos y sus mujeres, que salian, no se sabe de donde, nos perseguian con azadones y otros instrumentos de labranza, causándonos mucho daño y haciéndonos gran número de prisioneros. Si los aldeanos, generalmente pacíficos de suyo, se han vuelto de pronto tan violentos, lo debemos á nuestro general Urban, antiguo ayudante de campo del general Hainan, y su digno sucesor. Dos días antes, para vengar el asesinato de uno de sus húsares, reunió cerca de ochenta campesinos y los hizo conducir á Plasencia.

«Hemos traído á Pavia 900 heridos; los muertos y heridos que han quedado en el campo de batalla no se han contado todavía. Entre los prisioneros piamonteses, bastante numerosos, que hemos hecho, se hallan un mayor, muchos oficiales, guardias municipales y paisanos. En cuanto á nuestros dos regimientos, han perdido tanta gente, que ha sido preciso sacarlos de la línea de batalla para volver á organizarlos. Los piamonteses deben también haber sufrido grandes pérdidas»

Uno de los grabados que hoy reproducimos, y que creemos agrada á nuestros lectores, representa el reconocimiento ofensivo de los austriacos sobre Casal, y el cual fué rechazado por el capitán marqués Palavicini, y por un cuerpo de voluntarios de Garibaldi.

El capitán Palavicini estaba precisamente de observación con su compañía, un pelotón de voluntarios de Garibaldi, y una fracción de la décimaséptima compañía de bersaglieri, en las nuevas obras del general Frossard, cuando un fuerte reconocimiento austriaco, procedente sin duda de Vercelli, llegó al amanecer y empezó el fuego con tres piezas colocadas en el camino que pasa por delante de la línea de defensa; al mismo tiempo lanzaba al campo, entre este camino y las trincheras de la obra, un batallón ó dos de cazadores tiroleses.

Entre tanto, apareció la caballería, como asimismo el resto de infantería que permanecía de observación detrás de una casita á orillas del camino.

El capitán Palavicini dejó avanzar entonces á los cazadores austriacos, y después, precipitándose impetuosamente á la bayoneta sobre el enemigo, consiguió ponerlo en el más completo desorden: su intencion era quitarles las piezas de artillería; pero apenas había aparecido, cuando aquel empezó á retirarse.

Los austriacos retrocedieron entonces volviendo á ocupar su posición primitiva.

El otro grabado representa al general de división Forey, uno de los que más se han distinguido en la acción de Montebello.

El general Forey (Elias Federico) es uno de esos oficiales que reúnen á los estudios teóricos de la escuela, las lecciones de la guerra activa. Todos sus grados los ha ido conquistando sucesivamente en los campos de batalla. Nació en Paris en 1804, y entró en 1822 en la escuela de Sain-Cyr. Ya había desempeñado en el 2.º de ligeros las funciones de oficial instructor, cuando al empezar la campaña de Argelia acabó de conquistar su reputación de valiente, distinguiéndose por su intrepidez y bravura en Medeah, en Constantina y en las Puertas de Hierro. En 1840 obtuvo el grado de coronel.

Al regresar á Francia dió á conocer su talento administrativo, formando parte del comité superior de infantería y de diversas inspecciones de que estuvo encargado; sin embargo, su verdadera esfera es la de las armas. Su mando en el ejército de Crimea, donde estuvo encargado momentáneamente de la dirección del sitio de Sebastopol, hizo conocer todo lo que Francia puede esperar de sus elevadas cualidades guerreras. La victoria de Montebello ha sido un feliz augurio de lo que llevamos dicho.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION RELIGIOSA.

LA VIRGEN MARIA. (Artículo III.)

Había llegado el tiempo en que el Hijo de Dios iba á derramar su doctrina y provocar aquellas odiosas contradicciones que le había pronosticado el anciano Simeon. Fué al desierto á recibir el bautismo de mano de su Precursor; á comenzar por el ayuno y la oración su misión evangélica. Algun tiempo después, asistió á las bodas de Canaá, pequeña aldea situada en los confines de la Galilea y de la Fenicia. La Virgen Maria se halló en aquellas bodas, y Jesus fué también convidado con sus discípulos. En medio del banquete falta el vino: movida á compasión por sus huéspedes, conociendo la caridad y el poder de su hijo, Maria le dice: — «No tienen vino.» Jesus respondió: — «¿Qué tenemos nosotros que ver con eso? Mi hora no ha llegado todavía.» Los prodigios no tenían por objeto sino confirmar las palabras y las verdades del Evangelio, y hasta entonces el Evangelio no había sido predicado. Sin embargo, Jesus no quiso negar la petición de su santa Madre. Así, comprendiendo que en tiempo útil manifestaría su bondad el Salvador, Maria, dice á los que servían: — «Haced todo lo que os diga.» Había allí seis grandes ánforas de piedra: Jesus mandó á los criados llenarlas de agua y en seguida les dijo: — «Sacadlas ahora y llevadlas al amo de la casa.» Lo hicieron y el agua se halló cambiada en un vino, el mejor que habían bebido hasta entonces. Jesus quiso santificar el matrimonio, honrando con su presencia las bodas, y además, haciendo manifestación de su poder, dió á los que le rodeaban la prueba de una misión ratificada por el cielo. Tal fué el primer milagro del Señor, y lo verificó á ruegos de su augusta Madre, como para mostrar que por ella podemos obtenerlo todo.

Parece que Jesus y Maria habitaron algun tiempo en la Galilea, cerca del lago de Tiberiades. Bien pronto después Jesus se fué á Jerusalem para la fiesta de la Pascua. Después recorrió la Judea, derramando su doctrina apoyada por sus milagros y sus virtudes. No dice el Evangelio que Maria se acompañase en estas gloriosas expediciones; sin embargo, como espresa que muchas santas mujeres de Galilea seguían al Salvador para cuidarle, puede presumirse, con la mayor parte de los antiguos, que Maria estuviese á su cabeza; porque ¿quién merecía mejor aquel honor, ni quién tenía más ternura? Además Jesus volvió á Galilea y pudo allí ver á su Madre, y hacer conocer á todos los siglos el verdadero título de gloria que debió recomendarla al amor y á la veneración de todos los cristianos.

Así, un día que se hallaba en una casa, se reunió tal muchedumbre, y se ocupaba tan arduamente en instruirle, que no tomó ningun alimento. Corrió la voz de que se había desmayado. Su santa Madre y sus parientes vinieron á buscarle y á sacarle de en medio de aquella multitud, donde corría peligro su vida. Empero no pudiendo llegarse á él, le hicieron avisar de su presencia, y pidieron hablarle: — «Vuestra madre y vuestros hermanos os aguardan.» — «Mi madre y mis hermanos, respondió, son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.» Haciendo ver por estas palabras que el primer título de honor á los ojos de Dios, y en el que se fundan todos los demás, es cumplir su santa y adorable voluntad. La misma doctrina proclamó en una circunstancia célebre: acababa de hacer con milagros la prueba de su divina autoridad, y la había puesto en evidencia con razonamientos tan llenos de sabiduría, que levantando una mujer la voz de en medio de la muchedumbre, exclamó: — «¡Felices las entrañas que os han llevado, y los pechos que os han amamantado!» — «¡Mas felices, respondió Jesus, los que escuchan la palabra de Dios y la guardan!» La Virgen Maria no solamente merecía ser llamada bienaventurada en toda la serie de los siglos, por haber dado á luz al que es el Verbo eterno, sino también era más bienaventurada todavía, por haber conocido,

amado, y practicado las enseñanzas de aquel Verbo lleno de luz, de razon, de gracia y de verdad.

Una tradicion muy antigua refiere que Maria vió con sus propios ojos los malos tratamientos que dieron á su divino Hijo los habitantes de Nazaret, los cuales querian precipitarle de lo alto de una montaña. Admirados de las palabras que salian de su boca, le recordaban su familia, y le preguntaban cómo el hijo del carpintero podia hacer discursos tan poderosos. Jesus les dijo: — «Vosotros me aplicaréis sin duda aquel proverbio: *Médico, cúrte á tí mismo.* ¿Qué de cosas no habeis hecho, como nosotros hemos oido decir en las inmediatas ciudades? Hacedlas aquí en vuestro país. Pero yo os aseguro que ningun profeta es bien recibido en su patria: en verdad os digo, habia muchas viudas en Israel, en el tiempo de Elías, cuando se cerró el cielo durante tres años y medio, y hubo una gran hambre sobre la tierra, y fué enviado Elías no á una de ellas, sino á una viuda de Sarepta, en el país de Sidon. Habia tambien muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y sin embargo, de todos aquellos leprosos solo curó Naaman, el sirio.» Llenáronse, al oír estas palabras, de furor los judios de la Sinagoga. Arrojárónse en tumulto sobre Jesus, le arrojaron de la ciudad, y le llevaron á la cumbre de la montaña inmediata para precipitarle de ella; empero de repente revistándose de poder y de majestad, atravesó la multitud llena de estupor, y se retiró. En aquel tumulto la Virgen Maria quiso socorrer á su hijo; pero el terror paralizó sus pasos. La emperatriz Elena hizo construir en aquel sitio una Iglesia, cuyas ruinas se ven todavia, y que estaba dedicado á *Nuestra Señora del terror.*

La predicacion y los trabajos evangélicos de Jesus duraron tres años. Ocultó como bajo un velo su fuerza y su gloria, para no deslumbrarnos á nosotros que no podemos mirar cara á cara al sol, su obra perecedera. Bajo estas humildes apariencias fundó su obra inmortal. Asentó su Iglesia por la eleccion de sus apóstoles y de sus discípulos: los instruyó en todo lo que nos importa saber. El no ignoraba nada; él que es la inteligencia y la sabiduria eterna, y él nos lo ha dicho todo, ¿qué podia ocultar al discípulo querido que reclinó su cabeza sobre su pecho en la cena, y al príncipe de los apóstoles que constituyó jefe y piedra angular de su Iglesia? ¿Qué podia ocultarnos á nosotros mismos? Al darnos su vida, ¿nos hubiera rehusado la verdad? La depositó, pues, en la memoria y en la conciencia de sus contemporáneos, que nos la han transmitido ya de viva voz, ya por sus inspirados escritos. Esa doctrina que ha salvado el mundo, enseña á creer en Dios, amarle y obedecerle; enseña á amar á sus hermanos y á sacrificar todo lo que es posible á la paz y á la concordia. Enseña á preferir el alma al cuerpo, la patria á la familia, la humanidad á la patria, Dios al hombre, la eternidad al tiempo, el cielo á la tierra. Esa doctrina fué espuesta en discursos que nada tienen de comparable por la grandeza y la sencillez, el persuasivo encanto, la gracia y la autoridad divina. Es superior al genio, que no la penetra toda entera, y permanece accesible á la inteligencia menos cultivada: tiende á elevar el espíritu, ensanchar el corazón y transformar la vida divinizándola.

Después de haber autorizado sus discursos con sus milagros y una asombrosa santidad, queria Jesus sellar con su sangre todas sus palabras y todas sus acciones. Reconocido públicamente por el Cristo y por el Mesías, fué llevado en triunfo á Jerusalem, algunos dias antes de su muerte. Arrojan á su tránsito los mantos y los vestidos, y ramas de árboles, exclamando: — «Salud y gloria al hijo de David: bendito sea aquel, que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel.» La ciudad conmovida preguntaba, ¿quién es este? Y los pueblos respondian con entusiasmo: — «Es Jesus, el profeta de Nazaret.» Los fariseos, celosos é irritados, le dijeron: — «Maestro, haced callar á vuestros discípulos.» — «Si se callan, replicó el Salvador, gritarán las piedras.» — «Nosotros no vemos á la Virgen Maria en este triun-

fo. Este rumor glorioso, este entusiasmo cedió bien pronto su paso á las humillaciones y á los padecimientos: entonces se presentó con un valor digno de la madre de un Dios. ¿Cuál no fué el dolor de Maria durante el juicio trágico de la pasion, y los últimos instantes de su hijo! Cuando hubo legado, por un testamento de amor inmortal, su cuerpo y su sangre á la débil y triste humanidad; cuando fué vendido por el signo mismo de la amistad, cargado después de ultrajes, agobiado de afrentas, entregado á una multitud frenética, aporreado, golpeado, bárbaramente azotado, ¿qué quebranto, qué dolor no sentiria el corazón de la mas dulce y la mas tierna de las madres! ¿Cuál seria su sentimiento de no poder dar mas que lágrimas por todo socorro y consuelo al hijo de sus entrañas en tan grandes tormentos! Porque aunque el Evangelio no haga aparecer á la santa Virgen en medio de la pasion; sin embargo, nos la muestra al pié de la cruz, y hay lugar y motivo de pensar que fué testigo de tantas horribles escenas, como cuenta la tradicion. Maria vió los preparativos del suplicio, la cruz, los clavos, el formidable aparato de aquel gran crimen: siguió á Jesus al Calvario; podia reconocer sus pasos en las ensangrentadas huellas que dejaba; le salió al encuentro; y aun se muestran las ruinas de una iglesia levantada á Nuestra Señora de los Dolores, en el sitio en que Maria, rechazada primero por los guardias, encontró á su Hijo marchando al suplicio, recibió un saludo y se desmayó al eco de su querida voz.

Quando el anciano Simeon hablaba de la espada de dolor que atravesaria el alma de Maria, veia, sin duda, los crueles momentos en que Maria contemplaría á Jesus clavado y muriendo sobre el árbol fatal. Los golpes que hundian los clavos en los miembros del hijo, resonaban en el corazón de la madre: oía las blasfemias y los insultos; pero su constancia fué superior á sus angustias. Los hombres y los apóstoles, llenos de terror, habian huido. Maria permanecia en medio de los verdugos, dispuesta á morir con su hijo, y mirando sus llagas con sus ojos, donde se pintaba mas la compasion que el dolor, porque no ignoraba que aquellas llagas eran la curacion del mundo. Ninguna madre amó mas; empero ninguna criatura conoció mejor la augusta funcion que el dolor llena sobre la tierra.

La cruz que parecia no deber ser para Jesucristo sino un instrumento de pena y un ignominioso cadalso, se cambió en seguida en trono de misericordia y de clemencia, aguardando a ser un signo de honor y de esperanza, y la ley del mundo. Sordo á los ultrajes de los blasfemos, atento á la oracion y al arrepentimiento, Jesus perdona; promete el cielo al ladrón convertido. Después, estendidos los brazos como para abrazar la humanidad, con la vista fija sobre los que le habian seguido hasta el Calvario, vió á Maria y á su lado al discípulo querido. Queriendo dar el ejemplo de todas las virtudes, y recordarnos lo que debemos á los autores de nuestros dias, consagró su último cuidado á su madre, evitando llamarla con este nombre demasiado lleno de emociones. — «Mujer, la dijo, designando á san Juan, hé ahí á tu hijo.» Y dirigiéndose al discípulo: — «Hé ahí á tu madre.» Este fué el último, el supremo adios. La noble madre acogió aquella palabra de separacion, desgarrándosele sus entrañas. Desde aquel dia fué verdaderamente la madre de los hombres, representados en san Juan: puede decirse que en aquella hora triste y gloriosa nos dió á luz para la vida celestial, asociándose á la obra de la redencion.

Pasaban estas cosas el viernes á la hora de sexta, es decir, hácia la mitad del dia. Cubrióse entonces la tierra de tinieblas, se oscureció el sol. A la hora de nona, Jesus pronunció desde su Cruz estas palabras: — «Todo está consumado.» Después añadió: — «Padre mio, en vuestras manos entrego mi espíritu.» En efecto, acababa de consumarse todo: la justicia de Dios estaba satisfecha, la caridad de Jesucristo demostrada á todos los siglos: el hombre rehabilitado de su decadencia como el edificio ruinoso que se restaura, en las proporciones de su antiguo plan. Jamás vuelve á pasar sobre la tierra este día sin echar

un lúgubre brillo: toda alma cristiana se entrega á los sentimientos de misteriosa tristeza; la Iglesia, esposa desconsolada, se inclina llorosa sobre un sepulcro, y hasta el mármol de los altares sufre un inusitado despojo que parece invitar al mundo entero á la triste solemnidad de tan gran luto. En estas lágrimas dadas al Hijo, hay una parte para la Madre, que el Evangelio nos manifiesta triste, empero derecha, de pié, debajo de la cruz donde el Salvador acababa de espirar. La memoria de su dolor, inmenso como el mar, que pinta esta elegía sublime, el *Stabat mater*, ese religioso poema del papa Inocencio, ha inspirado á Palestrina, Haydim, Gluch, Pergolesse y Rossini. Maria se reúne á las santas mujeres para tributar al cuerpo sagrado de Cristo los honores de la sepultura. Mas de una vez, sin duda, tuvo la alegría de ver á su hijo después de la resurreccion. Maria estaba con los discípulos cuando el Salvador subió al cielo bendiciéndolos. Durante los diez dias que siguieron á la ascension, los apóstoles permanecieron en oracion en el cenáculo. Maria los animaba con su ejemplo, y con ellos recibió aquella maravillosa efusion de gracias celestiales que hicieron tan célebre el dia de la Pentecostés. Un violento viento pareció bajar del cielo, conmovióse la casa, apareció una llama, que dividiéndose, fué á reposar sobre la cabeza de cada uno de los discípulos allí reunidos, símbolo de la luz y de la caridad con que debian bien pronto ilustrar y regocijar al mundo.

El resto de la vida de la santa Virgen nos es desconocido. Se cree, sin embargo, segun las tradiciones aceptadas en el cuarto siglo de la Iglesia, que permaneció algun tiempo en Jerusalem, y que después acompañó á Efeso á san Juan, su hijo adoptivo. Dios respetó la discrecion y la modestia de esta existencia tan alta y tan pura, cubriéndola con el silencio. Los hombres pueden meditarla, pero no espresarla por palabras. La comun doctrina de los antiguos Padres es que los ejemplos, las oraciones y la conversion de Maria, fueron la luz y el estímulo de los apóstoles, y atrajeron las bendiciones de Dios sobre la nascente sociedad de los cristianos. Es la opinion mas recibida que murió en Efeso de una edad muy avanzada. No sucumbió por debilidad de la naturaleza, espiró en un supremo esfuerzo del divino amor. La castidad que habia preservado su cuerpo de toda mancha durante su vida, la protegió contra la corrupcion del sepulcro, cual un aroma de inmortalidad. El sentimiento tan humilde que tuvo siempre de sí misma, fué el principio de su elevacion y el pedestal de su gloria. Así se ha llamado sueño y descanso á los cortos instantes que pasaron en el sepulcro sus mortales restos. Salió de aquel sueño y de aquel reposo para ser llamada en seguida Reina de los ángeles, no menos que de los hombres. Los ángeles trasladaron su divino cuerpo al cielo, y la memoria de esta resurreccion misteriosa se celebra por una festividad que escede en solemnidad á todas las festividades de la Virgen Maria. Se la llama la *Asuncion y coronacion de la Virgen en los cielos.*

Se ve en la aldea de Gethsemani, cerca del jardín de las Olivas, el sepulcro de la santa Virgen. Es una iglesia subterránea, á donde se llega bajando cincuenta escalones. Todas las comuniones cristianas tienen allí un oratorio donde van á orar: los mismos turcos rinden sus homenajes allí á la hija de Abraham; pero el sepulcro pertenece á los católicos.

Después del nombre del Salvador del mundo, no hay otro mas grande que el de Maria. Así la confianza y el amor de los cristianos se halla fijado en ella; y solo la ignorancia y la mala fe pueden disputar la antigüedad y el brillo del culto tributado á la madre de Dios. Fué honrada en las catacumbas, donde su nombre y su imagen se presentaban al lado de los del Salvador. Los grandes obispos de los primeros siglos la glorificaron por elogios que la piedad de los tiempos modernos no ha escedido. Mientras la emperatriz Elena, al visitar á Belen, Nazaret y los santos lugares, levantaba sobre su paso santuarios al Hijo de Dios y á la Virgen Maria; el nombre de la hija de David era pronunciado en discursos inmortales por los hombres de un genio y de una fe in-

comparables. Pronto tuvo altares sobre la cima de las montañas, en el fondo de los recogidos valles, de un extremo á otro del universo. Los emperadores de Oriente colocaron su venerada cifra sobre sus estandartes; los Concilios la invocaron como su luz: se la dedicó con aplauso del mundo el templo que la Roma pagana habia consagrado á todos sus dioses, el famoso Panteon de Agricultura. Fué el dulce objeto de la devocion de la edad media, que multiplicó sobre la madera, el oro y el mármol, el nombre y las imágenes de Nuestra Señora.

El culto de Maria parece ser un manantial fecundo, de que aun el genio, siquiera sea heredado de la fé, se complace en sacar inspiraciones que no puede encontrar en otra parte. Lejos de abatir y comprimir el pensamiento humano, la dulce y poderosa aparicion de la Virgen Maria eleva y sostiene el alma en su vuelo hacia aquel mundo intelectual, donde se dirige el poeta, el artista, el hombre de un genio creador, y que es como el país de las artes, de los pensamientos y de los sentimientos mas deliciosos y mas puros.

Los poetas cristianos han cantado á Maria. Los pintores, casi todos, han sacado de su historia el asunto de algunos de sus cuadros. A creer en una antigua tradicion, el evangelista san Lucas era pintor, y ha dejado un retrato de la Virgen santa, de que se han sacado numerosas copias. En los siglos de la fé, Cimabúe, Giotto, Juan Bellini, Perugino, Alberto Durero, han trazado, cada uno en su género, bellísimos tipos de la Virgen madre. En el renacimiento, entre los innumerables artistas que han representado á Maria, ya sola, ya con el niño Jesus, ya en esas graciosas composiciones que se llaman *Las Santas Familias*, debe citarse el primero, y como habiéndolos escedido á todos, á Rafael de Urbino, que supo dar á la santa Virgen un carácter eminente de belleza y de nobleza divina: sublime tipo, mágica creacion de genio que todos han intentado imitar, y que ninguno ha podido hasta ahora conseguirlo. Despues de Rafael, es preciso nombrar los Carrache, Poussino, Le Sueur, Murillo, Zurbarán, Rivera y otros varios.

Tal fué Maria, madre de Jesucristo y madre de todos nosotros. La Providencia, al darnos la vida por el medio que nos habia dado la muerte, y convirtiéndolo en su gloria lo que habia causado nuestra pérdida, la desobediencia de Eva, nuestra primera abuela, que nos habia arrebatado la herencia de los cielos; por la fidelidad de Maria, segunda Eva, hizo volver á bajar la gloria y la felicidad á nuestras frentes, de donde habia sido arrancada la corona de pureza y de inocencia. Del seno de la primera sale la inmensa multitud de generaciones condenadas; en el seno de la segunda se forma la preciosa perla entregada para el rescate de la humanidad proscripta. De un germen tristemente emponzoñado, nació al cabo de cuarenta siglos una hermosa y espléndida flor; Maria vino á levantar á Eva de la degradacion; corregir lo pasado, ennoblecer lo presente, y preparar el porvenir, dando al mundo AQUEL que es la verdad y la caridad.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Importancia de la meteorología. — Su influencia sobre los individuos y los pueblos. — El aire, causa principal de los fenómenos meteorológicos. — Los vientos, su direccion é intensidad. — El agua, parte constituyente del aire. — Causas que originan los fenómenos acuosos.

La meteorología es la ciencia que se ocupa del estudio de los notables y numerosos fenómenos que surgen en la atmósfera, y que se denominan fenómenos meteorológicos: esta ciencia cuya importancia crece cada dia mas, gracias á los adelantos científicos que notamos y al enlace que entre ellos se establece, acude al auxilio de la geografía, de la mecánica, de la astronomía y de otras ciencias,

para deducir leyes, coleccionar hechos y averiguar hipótesis que le permitan estudiar los vientos y las nubes que recorren la atmósfera, y que en los continentes y en los mares originan hechos mil de variadas consecuencias; las causas que dan origen á las lluvias que fertilizan los campos, ó que destruyen las cosechas que afanoso se promelia momentos antes recoger el labrador; las circunstancias que atraen ó alejan la humedad, sin cuyo auxilio no halla vida la vegetacion; los motivos que dan origen al rocío, á esa lluvia de perlas que los rayos del sol naciente coloran con variados matices; á los copos de nieve que cubren con manto de armiño los campos; al hielo, que con sus cristales detiene la marcha de los arroyos que cruzan las vegas, y que arrastrados por la pesantez y por la inclinacion de sus cauces, llevan la vida, que es su movimiento, á dilatadas zonas; y por último, la razon de esos ruidos atronadores y de esas luces súbitas que acompañan á las tempestades, de los mágicos colores del arco iris y de las tintas de las auroras boreales, que con su sola descripcion cautivan nuestra imaginacion y avivan el deseo de emprender el estudio de una ciencia, que como la meteorología, reconoce por teatro de sus observaciones el universo, y por objeto de sus investigaciones el examen de fenómenos maravillosos, de difícil enumeracion, pero que individual y colectivamente interesan de una manera especial á la humanidad entera.

Sin detenernos en estudiar la influencia que ejerce la naturaleza del tiempo sobre la salud y las afecciones de los individuos, y el clima de pueblos distintos, respecto al carácter de sus habitantes, no podemos rehuir el entrar en algunas consideraciones que probarán una vez mas la importancia de la ciencia que nos ocupa. El tiempo, segun sus accidentes, influye de una manera importante, generalmente reconocida, sobre todos los seres: el hombre, lo propio al encontrarse enfermo, que en estado de completa salud, prevee y siente aquella influencia, y al examinar la existencia de todos los individuos que pueblan el universo, el estudio de sus múltiples y contrarias manifestaciones, da pruebas evidentes de la dependencia y de la relacion que existe entre la vida del individuo y la meteorología del país que habita, entre esta y la historia de las distintas razas que pueblan el mundo.

Los párrafos que acabamos de escribir, indican cuán numerosas y variadas son las cuestiones sobre las cuales contrae su estudio la meteorología, y la imposibilidad de tratarlas en conjunto; por lo mismo, al redactar estos apuntes, y a fin de acomodarlos á la indole del SEMANARIO, para el cual los escribimos, nos iremos ocupando sucesivamente de cada una de aquellas, no sin dar á conocer la relacion que media entre los diversos fenómenos de que tratemos.

De la direccion de los vientos que reinan, depende que el sol con sus rayos ilumine el universo, que las nubes se acumulen en la atmósfera, y que el calor ó el frio, la lluvia ó la nieve, el huracan ó las brisas, dejen sentir sus influencias sucesivas. El aire que rodea el globo que habitamos, constituye la atmósfera, esa vasta estension en que vivimos, ocupada por un fluido mucho menos pesado que el agua, incapaz en momentos dados, de agitar las hojas de los árboles y poderoso en otros varios, para barrer las encinas seculares y cuantos obstáculos se oponen á su impetuosa velocidad. Las corrientes del aire, ó sea la ruptura de su equilibrio, constituyen los vientos, cuya direccion se determina por medio de los aparatos comunes designados con el nombre de *veletas*, obteniéndose su medida por el empleo de un instrumento denominado *anemómetro*, que consta de una rueda de aspas, que pone en accion la intensidad de las corrientes aéreas que van á medirse, y cuyas revoluciones, segun su numero, efectuadas en un tiempo dado, indican la velocidad de aquellas.

Acabamos de indicar que la ruptura del equilibrio que debe reinar en la atmósfera, origina los vientos: digamos de qué suerte. El calorico, como una de sus propiedades generales, posee la de dilatar los cuerpos á los cuales al-

canza su accion; el aire al calentarse, se dilata y disminuye de peso, y en razon de la diferencia de densidades, el aire caliente cruza las capas frias y se eleva á la parte superior, como el aceite sobre el agua, como esta sobre líquidos mas pesados. Hé aquí, pues, anotada una de las causas que originan las corrientes en la inmensidad aérea, ó sea, segun hemos manifestado, los vientos que en ella reinan. El aire, por trasparente que nos parezca, es constantemente un vasto depósito de agua, que en forma de vapor se encuentra en suspension en aquel fluido; sin esta dosis de agua el aire no seria respirable, y aunque de paso, harémos notar antes de continuar nuestros estudios, que el aire seco no solo incomoda á los hombres y á los animales, sino que influye desventajosamente tambien, respecto á la vegetacion: recordemos á este propósito el malestar que sienten los aéronautas en sus globos, el que experimentamos al encontrarnos en la cúspide de altas montañas, por hallarse en ambas ocasiones el aire desprovisto de vapores acuosos; y los efectos terribles del *sémoun*, ó del viento seco del desierto. En cambio el aire demasiado húmedo origina efectos fatales sobre la salud de las poblaciones sometidas á su influencia, como lo prueban, sin ir á buscar ejemplos mas lejanos, las enfermedades que reinan en varias localidades de España, de las cuales nos ofrecen testimonio, las vegas frondosas y las amenas riberas de Aranjuez.

Prosiguiendo nuestras investigaciones, traigamos á la memoria hechos de todos conocidos: si situamos un vaso seco y frio en un cuarto en que exista una estufa ó un calorífico, se cubre súbitamente de multiplicadas gotas de agua, y estas serán tanto mas numerosas, cuanto mayor sea la diferencia que medie entre la temperatura del vaso y del cuarto en que el mismo se sitúe. El agua, en este ejemplo, surge del aire atmosférico contenido en el cuarto, y dicha cantidad será tanto mayor, cuanto mas elevada sea la temperatura del aire; por esta razon, en las regiones del Ecuador, el aire contiene una masa mas considerable de agua que en nuestros climas; por esta razon las lluvias son mas copiosas en el verano que en el invierno, y á este motivo se deben igualmente las intensas lluvias que inundan las zonas tropicales. El enfriamiento súbito del aire es la causa de las lluvias, de la nieve, del rocío y de los fenómenos acuosos que nos ocuparán en el trascurso de estas *Lecturas*. Pasemos á estudiar los elementos que obligan al aire á depositar las cantidades de agua que contiene, y que en diversas formas deponen sobre la tierra.

La calefaccion y el enfriamiento del aire, ocasionan, segun acabamos de indicar, las lluvias, y el modo de obtener aquellas variaciones en la temperatura de dicho fluido, consiste principalmente en comprimirlo ó dilatarlo: el aire comprimido aumenta su temperatura, en cambio el que se dilata disminuye de temperatura; produce la sensacion del frio, deponen humedad, y origina hasta el hielo en la superficie de los cuerpos sobre los cuales se proyecta, segun va en aumento la expansion que experimenta. Estos efectos que las ciencias físicas demuestran de una manera evidente, por medio de numerosos é interesantes instrumentos, se originan en la naturaleza por los trasportes que producen las corrientes de aire que ascienden este fluido á las regiones elevadas de la atmósfera, en las cuales existe una presion muy inferior á la que domina en las inferiores, en las que se enfria al dilatarse el aire que suelta el agua que contenia en forma de vapor, y que apoyada en él, constituye las nubes que ocupan las regiones inferiores de la atmósfera, entoldando su transparencia.

Si queremos inquirir cuáles son las causas que procuran al aire la inmensa cantidad de agua que contiene en forma de vapor, observaremos desde luego que al estudiar la distribucion de las aguas en la superficie del globo que habitamos, sorprende notar desde un principio, que las aguas ofrecen una superficie mucho mayor que la de los continentes, y que comparadas entre si, demuestran que la proporcion de la que corresponde á las aguas, es tres veces mayor que la que se

refiere á la estension de los continentes. Sentado este dato, y no poniendo en olvido que el calórico, ese agente que vivifica la naturaleza y del cual dependen en gran parte todos los fenómenos que en su conjunto nos ofrece, es la causa del movimiento que producen los metéoros que estudiamos, deducimos que el sol, germen fecundo de calor, abastece de agua á la atmósfera. Es un hecho reconocido, que todas las masas de agua espuestas al aire, emiten vapores á cualquier grado de calor, invisibles unas veces, patentes otras, porque se desprenden en forma de nieblas, y esta evaporacion constante y universal de que tratamos, por las razones ya espuestas, es mucho mas sensible en las comarcas cálidas que en las zonas glaciales. El frio, en oposicion al calórico, que trasforma en vapores el agua, convierte á su vez aquellos en agua, y los rayos del sol al mismo tiempo que producen la evaporacion, al actuar sobre las capas aéreas, les prestan calor, disminuyen su peso y originan corrientes ascensionales, que al trasportar á la parte superior de la atmósfera el aire que ha recogido en su seno los vapores de los mares y de los rios, disminuyen su temperatura, por aumentar su dilatacion; y estos cambios, bruscos muchas veces, roban al aire el agua en él contenida, que se proyecta sobre la tierra en forma de lluvia, de nieve, granizo, etc., etc., segun tendremos ocasion de manifestar en nuestras próximas *Lecturas*, en las cuales seguiremos ocupándonos del estudio de la meteorología, ya que hoy solo nos ha sido dado esponer en parte las teorías que sirven de explicacion á los interesantes y sorprendentes fenómenos de que trata aquella ciencia.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Continúan llamando la atencion de Europa los sucesos de Italia. Despues de la accion de Montebello, los cuerpos avanzados de los ejércitos beligerantes han tenido nuevos choques en Palestro y en Cofienza. El emperador Napoleon III está en Novara, en donde entró el general Niel el 1.º del corriente. Parte de sus tropas han pasado por Valeroza y Cambio, acercándose al grueso del ejército austriaco. Las lluvias, sin embargo, han impedido choques mas decisivos entre unos y otros, las cuales ocasionan además grandes destrozos en los campos con fuertes avenidas.

Desde Marengo, el general jefe de la guardia imperial, Reynault de Saint-Jean d'Angely, dió la siguiente proclama á sus tropas.

«Soldados de la guardia: La guerra ha estallado entre Francia y Austria; dentro de pocos dias el emperador vendrá á ponerse al frente de vosotros y nos llevará á esas llanuras donde los nombres de Arcole, Lodi y Marengo os recordarán la gloria de vuestros padres; os mostraréis dignos de ellos, dignos del nombre glorioso que lleváis.

«Daréis al ejército el ejemplo de intrepidez en el peligro, de orden y de disciplina en las marchas, de prudencia y de moderacion en el país que teneis que atravesar. El recuerdo de vuestras familias os inspirará benevolencia para con sus habitantes, respeto hácia la propiedad. Estad seguros de que la victoria os espera; la saludareis al grito de: *Viva el Emperador!*»

Garibaldi recorre una gran parte del territorio Lombardo. Su ejército asciende á 7,000 hombres. Otros suben este número á 12,000, añadiendo que solo en Brescia se han inscrito cuatro mil jóvenes para salirle al encuentro y unirse á él tan pronto como se presente. Los austriacos han destinado á su persecucion dos divisiones de 2,700 hombres cada una, habiendo tenido algunos encuentros sin gran resultado. La ocupacion de Como por las tropas que capitanea Garibaldi, ha sido, sin embargo, un hecho que no carece de importancia.

Garibaldi, dice un periódico, ha sabido comprender el papel que debe desempeñar en esta

guerra al frente de sus cazadores, y los resultados están correspondiendo á la causa porque combate. La ciudad de Como, no muy distante de Milan, está ya en su poder, y desde allí puede causar grandes pérdidas á sus enemigos, cuyas pesadas masas no hallarán medio de librarse de sus ataques. Las pequeñas columnas en que su ejército se ha dividido no deben hacer otra guerra que la de guerrillas, atacando en la ocasion favorable, cogiendo á los rezagados, sorprendiendo todo descuido, interceptando convoyes, haciendo en fin, lo que á Mina dió tanta gloria en nuestra guerra de la independenciam. Situado Garibaldi en Como, será una avanzada terrible para los austriacos que tienen su centro de operaciones en Milan, y que se han de ver constantemente espiados en sus movimientos.

El grueso del ejército austriaco está en Milan, organizado en nueve cuerpos de ejército. Continuamente recibe refuerzos y se le agregan príncipes alemanes.

Segun otro periódico bien informado, se ha celebrado recientemente en Lóndres un meeting bajo la presidencia del lord Corregidor. Este magistrado, pronunciándose en favor de la neutralidad de la Inglaterra, mostró, sin embargo, las mas vivas simpatías por la causa de la Italia. Despues del lord Corregidor, tomó la palabra Mr. Kossuth. El orador húngaro insistió particularmente sobre este tema: que si la Inglaterra se dejaba arrastrar por su actual gobierno á abandonar la neutralidad, seria indudablemente en favor del Austria; que por lo tanto el público debía velar con todo cuidado por esa preciosa neutralidad, y no consentir que se viese comprometida por alguna alianza; que la Francia no atacará seguramente á la Alemania sobre el Rhin; pero que si las exigencias de la guerra le obligan á violentar el territorio federal en el norte del reino Lombardo-Veneto, el pueblo inglés debe dejar al Austria el cuidado de defenderlo. Despues de este discurso se resolvió la neutralidad absoluta del pueblo inglés.

Si damos crédito al *Mercurio de Suavia*, la Inglaterra ha dirigido una nota circular á varias cortes alemanas, disuadiéndolas de todo acto agresivo contra Francia. No hay duda que si fuese esto así, podría considerarse como una nueva prueba de que Inglaterra quiere permanecer neutral. La mencionada comunicacion parece haber sido hecha á Hannover, á Brunswick y al Senado de Hamburgo. Veremos si el próximo discurso que debe pronunciar la reina en el parlamento, declara lo que el gobierno británico piensa acerca de esta cuestion.

Entre tanto, si se realiza el viaje del emperador de Rusia á Paris, para el que se asegura estarse amueblando ya el palacio de Fontainebleau, los ingleses tomarán pretexto para aumentar sus armamentos. No creemos que por ahora se realice este suceso.

La Grecia piensa permanecer neutral, á lo menos por ahora. Créese que así lo ha aconsejado á la corte de Atenas el gran duque Constantino de Prusia.

Los últimos despachos telegráficos que nos han hablado de Nápoles, lo han hecho en un sentido bastante vago é indeciso. Unos han referido que reinaba la mayor tranquilidad, despues del fallecimiento del rey Fernando y proclamacion de su sucesor Francisco II, añadiendo que nada se anunciaba de crisis ni de cambios en el alto personal de la administracion. Otros, en cambio, han insinuado existir desavenencias lastimosas entre los altos funcionarios del reino de las Dos Sicilias. Posteriormente se ha desmentido esta última noticia, sin embargo de que se anuncian trastornos en Nápoles, en donde el gobierno vigila sobremanera á los que puedan promoverlos. En cuanto á los cambios diplomáticos que puedan ocurrir allí, solo se sabe que la Inglaterra envia, con mision á Nápoles, á sir James Hudson, el Austria á Mr. de Hubner, y el Piamonte á Mr. de Salmour. Entre tanto el ministro de Negocios extranjeros de Nápoles insiste en conservar la neutralidad.

Las noticias mas recientes de Roma nos hablan de un conflicto ocurrido en Casena entre los sui-

zos y los voluntarios que iban al Piamonte, resultando muertos y heridos. Añaden que hubo manifestaciones en donde se dieron vivas al Papa.

El Sumo Pontífice ha recibido ya una segunda carta del emperador Napoleon III, en que se le dan las mayores seguridades de afecto, consideracion y respeto. El diplomático francés Mr. de la Tour d'Auvergne es quien la puso en manos de su Santidad, despues de estar en Roma algunos dias guardando el mas riguroso incógnito. Terminada su mision partió inmediatamente para Civita-Vechia, y de allí para Génova.—El papa ha hecho desmentir los rumores de su salida de Roma, cuya capital no abandonará ni siquiera para ir á sus palacios de verano.

El cardenal Milesi, legado en Bolonia, ha dirigido á las autoridades de la provincia la circular siguiente:

«Legacion de Bolonia.—Ilmo. Sr.: El Emmo. Cardenal secretario de Estado, en su despacho del 7 de este mes, me dice lo que sigue: Con motivo de los actuales acontecimientos de Italia, el Gobierno francés, animado del deseo de tranquilizar los temores é inquietudes del soberano Pontífice y de los Estados de la Iglesia, se ha apresurado á asegurar terminantemente al Gobierno pontificio, que durante la guerra actual S. M. el Emperador y su gobierno no consentirán que se atente impunemente, de cualquiera manera que sea, á los respetos debidos á la augusta persona del santo Padre, ó que se intente menoscabar su dominio temporal.

«Cualesquiera que puedan ser los resultados de los acontecimientos de la guerra en la parte septentrional de Italia, la actitud del Gobierno francés respecto á los Estados Pontificios será, como ya lo ha manifestado, de todo punto conforme al fin propuesto por Francia al intervenir para reparar los desórdenes de la antigua anarquía.

«Estas seguridades han adquirido mayor estension y fijeza en la contestacion oficial que el Gobierno del emperador ha dirigido á la santa Sede de reconocer y respetar completamente la neutralidad anunciada hace algun tiempo por el Gobierno pontificio y su deseo de conservarla, como en circunstancias análogas protestó querer hacerlo.

«He creido conveniente comunicar á V. E. estos pormenores, reconociendo cuánto importa para la mejor direccion de las medidas, en cuya adopcion os ocupais actualmente, el saber cuál es la actitud de Francia respecto á nosotros.

«Por mi parte, me apresuro á ponerlo en vuestro conocimiento para gobierno de S. S. y para la tranquilidad de la poblacion. Contad con mi profunda consideracion.—Bolonia 10 de mayo de 1859.—El legado, cardenal Milesi.»

Le Levant, periódico que defiende los intereses de Constantinopla, ha desmentido por segunda vez que la Turquía haya celebrado tratado alguno de alianza ofensiva y defensiva con el Austria, como así mismo el reconocimiento de la doble eleccion del principe Alejandro Couza por la Sublime Puerta. Lo que si es cierto, es que las disposiciones militares que toma el gabinete otomano tienden á hacer respetar la neutralidad del gobierno turco y á prevenir las consecuencias de la agitacion que se advierte en las provincias turco-cristianas. En estos momentos el ejército de Turquía debe presentar un efectivo de 250,000 hombres y una escuadra con 1,500 cañones, designándose á Omer-Baja para mandar en jefe.

El tratado hecho por Mr. Ouseley con Nicaragua, ha sido desaprobado por lord Derby, por no estar conforme en lo relativo al abandono del protectorado de Mosquito.

En Méjico continúa tomando incremento la guerra civil que devasta aquellas preciosas comarcas.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—S. M. la reina ha tenido á bien disponer vista la corte de luto durante tres meses, á contar

desde el día 26 de mayo, con motivo del fallecimiento de su augusto tío S. M. el rey de las Dos Sicilias.

—De real orden el curso universitario terminará el día 31 del actual. El día 1.º de junio principiarán los exámenes ordinarios con lo prescrito en el reglamento de 10 de setiembre de 1852.

—Los presupuestos de 1859 fijan los gastos del Estado, durante el año de 1859, en la cantidad de 1,789.926,041 rs., y los gastos en 1,794.781,800 reales.

—La *Gaceta* del día 25 de mayo publica, sancionada por S. M., la ley votada en Córtes, por la cual se ha autorizado al gobierno para crear la correspondiente cantidad de obligaciones del Estado al portador por ferro-carriles, para pagar á las empresas concesionarias el importe de las subvenciones asignadas hasta la fecha á las respectivas líneas por las leyes que han autorizado su construcción, y la que autoriza al gobierno para otorgar en pública subasta la concesión de un ferro-carril, que partiendo de Albacete, vaya á terminar en el puerto de Cartagena.

—En la sesión del Senado del día 21 de mayo fué desechada la proposición del proyecto de mensaje del Sr. Tejada, por 80 votos contra 23.

—En la sesión del Congreso del mismo día se aprobaron el proyecto de ley, concediendo pensiones á los que se hallaron en el combate de Trafalgar; otro otorgando una pensión de 1,200 rs. anuales á las huérfanas del carpintero de ribera D. Antonio Conejero, y el que ha de regularizar los trabajos para el levantamiento de la carta de España y sus posesiones.

—En la sesión del Senado del día 23 se dió por concluida la discusión de la ley de Notariado.

—En la sesión del Congreso del mismo día se aprobó el proyecto de ley que concede un anticipo reintegrable al canal de Urgel.

—En la sesión del Senado del día 24 se aprobó por 87 bolas blancas contra 7 negras, el proyecto de ley sobre arreglo de Escuelas especiales, y por 74 bolas blancas contra 20 negras el de pensión á doña Carlota Cobo.

—En la sesión del Congreso del mismo día se aprobó un proyecto de ley concediendo subvenciones para las obras de un ferro-carril minero, en la provincia de Vizcaya.

—En la sesión del Senado del día 25 de mayo quedó aprobado el dictamen de la comisión sobre las obras del canal de Isabel II.

—En la sesión del Congreso del mismo día fué tomada en consideración la proposición del Sr. Ortiz de Zárate, relativa á la carrera de empleados públicos, exigiendo estudios previos á los que hayan de ingresar en adelante en las diversas dependencias del Estado.

—En la misma sesión se aprobó el proyecto de ley del ferro-carril de Lérida á Montblanc.

—Se ha dado orden para que la goleta de guerra *Buenaventura*, acompañada de una escampavía, se encargue de sondear el lecho del Mediterráneo entre la Península y las islas Baleares, con objeto de establecer un cable telegráfico entre España y aquellas islas.

—El Consejo de Estado, dice un periódico, ha declarado en una de sus últimas sesiones que tienen derecho al goce de viudedades y horfandades las esposas é hijos de los que, habiendo militado en el campo carlista, murieron sin poderse acoger al convenio de Vergara.

—Se han recibido en el ministerio de Fomento los estudios practicados por el ingeniero Sr. Cerda para el proyectado ensanche de Barcelona.

—La caja del banco, que se elevaba el mes pasado á 179 millones, ha bajado á 170; los billetes en circulación suman 133 millones. No hay casi modificación ninguna en los depósitos y las cuentas corrientes.

—En Valencia queda instalada en toda forma la caritativa Asociación de señoras de las escuelas dominicales.

—Cinco buques de vapor y varias embarcaciones mercantes, de gran porte han sido contratados en Barcelona por los agentes del gobierno francés para conducir á Italia tropas y materiales de guerra.

—Dice un periódico que una casa del Puerto

de Santa María ha recibido orden de comprar trescientas mil arrobas de vino con objeto de exportarlo al extranjero.

—Las noticias recibidas de todas las provincias son muy satisfactorias respecto á la próxima cosecha de cereales. El temporal es inmejorable y las plantas tienen una lozanía poco común.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

La temporada teatral toca á su término, y las empresas de nuestros teatros se apresuran á cumplir las contratas de sus respectivos actores, concediéndoles los beneficios en ellos estipuladas. En la semana que acaba de trascurrir se ha llevado á efecto en el teatro del Circo el de doña Teodora Lamadrid, poniéndose en escena la comedia nueva en tres actos y un prólogo, escrita en prosa por D. Angel Dacarrete con el título de *Las Dulzuras del poder*. Esta producción, retrato fiel de costumbres políticas, y cuyo argumento se reduce á pintar los sinsabores y amarguras que aguardan á los que llevados de un deseo patriótico ocupan las elevadas regiones del poder, tiene algunas escenas bastante bien escritas, y muchos detalles de buen efecto; el conjunto, sin embargo, es lánguido, y los tipos están muy recargados, sobre todo el del periodista ministerial, á quien el Sr. Dacarrete, en un tiempo periodista, y no de los adocenados, presenta constantemente en ridículo. Por nuestra parte sentimos que el autor de esta obra, hijo de la prensa, á la que sin duda ha debido no pocos momentos de satisfacción durante su carrera de escritor público, le pague con tal ingratitud, siguiendo en esto lastimosamente la trillada y no envidiada senda de algunos que hoy deben todo lo que son á esa madre cariñosa, de la que hoy reniegan tan injustamente. Hé aquí cómo se espresa uno de nuestros colegas al tratar de este punto:

«Uno de los recursos escogidos por el autor para buscar efecto, es el de poner en un ridículo completo á la prensa y á los periodistas. El Sr. Dacarrete, que se ha distinguido antes de ahora como redactor de periódicos, es extraño que así exagere y ridiculice á la institución que mas beneficios ha dispensado á la cultura, progreso y civilización de los tiempos modernos, debiendo serle tanto mas sensible, cuanto que si buscaba aplausos pintando así la conciencia de la prensa, no los ha conseguido.

«No podemos detenernos en reseñar minuciosamente la trivialidad y la falta de ingenio que se advierte en la comedia á que nos referimos. Después de concluida, pidieron algunos pocos espectadores que se presentara el autor, el cual accedió y recibió algunos aplausos. Muchas personas creyeron que hubiera hecho mejor en guardar el incógnito.»

Nosotros somos también de la misma opinión que esa parte sensata del público. Valiera mas que el Sr. Dacarrete hubiese permanecido *intra-muros*, es decir, de bastidores adentro, puesto que la ovación (si es que la hubo) no fué tan espontánea, ni el público que paga tuvo tampoco un verdadero empeño en ver salir al autor.

La ejecución no pasó de mediana, si se exceptúan la Teodora, la Hijosa y Romea.

Estrenóse después un soporífero sainete con el nombre de *Cuatro agravios y ninguno*, y dicho se está, que al calificarlo de soporífero, habrán comprendido nuestros lectores que consiguió fastidiar y aburrir al público, que fué despejando mucho antes de concluirse aquel, dando en esto una prueba de buen sentido, y una lección al autor y á la empresa que tales engendros admite. Verdad es que la dirección del teatro del Circo se pinta sola, como vulgarmente se dice, para esto de admitir mamarrachos en un acto. ¿No es verdad, D. Mariano?

En el coliseo del Príncipe ha tenido lugar el beneficio de la simpática primera actriz Fernanda Valentini, estrenándose dos piezas tituladas la primera *La Cuenta del zapatero*; la segunda *El*

Hongo y el miriñaque. La primera no ha hecho mas que pasar, y la segunda ha obtenido buen éxito, gracias en parte á su sello de actualidad y á los muchos y oportunos chistes de que está salpicada. La ejecución de esta última fué excelente por parte de Fernando Ossorio, de Mario y de la Srta. Ossorio. Empero los honores de la función correspondieron de derecho á la beneficiada, que se presentó á representar en francés el papel de la protagonista en el vaudeville en un acto *Un garçon de chez Very*, en unión con algunos artistas del teatro de la calle de la Magdalena, desempeñándolo con una facilidad y pureza, que revelaban lo familiarizada que está esta excelente actriz con el idioma francés. Reciba por ello nuestra mas cordial enhorabuena, así como recibió los aplausos del escogido y numeroso público que en la indicada noche llenaba todas las localidades, y que en recompensa á su indisputable mérito, la hizo salir á la escena, concluida la representación.

El coliseo de Jovellanos ha permanecido en una inacción completa durante toda la semana.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Atlas des Chemins de fer français, par Mr. A. JOANNE. In-4.º; Hachette.

Esta colección de cartas y documentos auténticos es útil guía para quien quiera imponerse en el estado actual de los caminos de hierro de Francia, no menos que para el viajero, que desee recorrer las veloces vías de la locomoción moderna. Los varios particulares que ilustran esta publicación, tan histórica como estadística, son: la historia de la ejecución de las líneas de ferro-carril, el estado de su explotación, los resultados económicos y otros por el estilo.

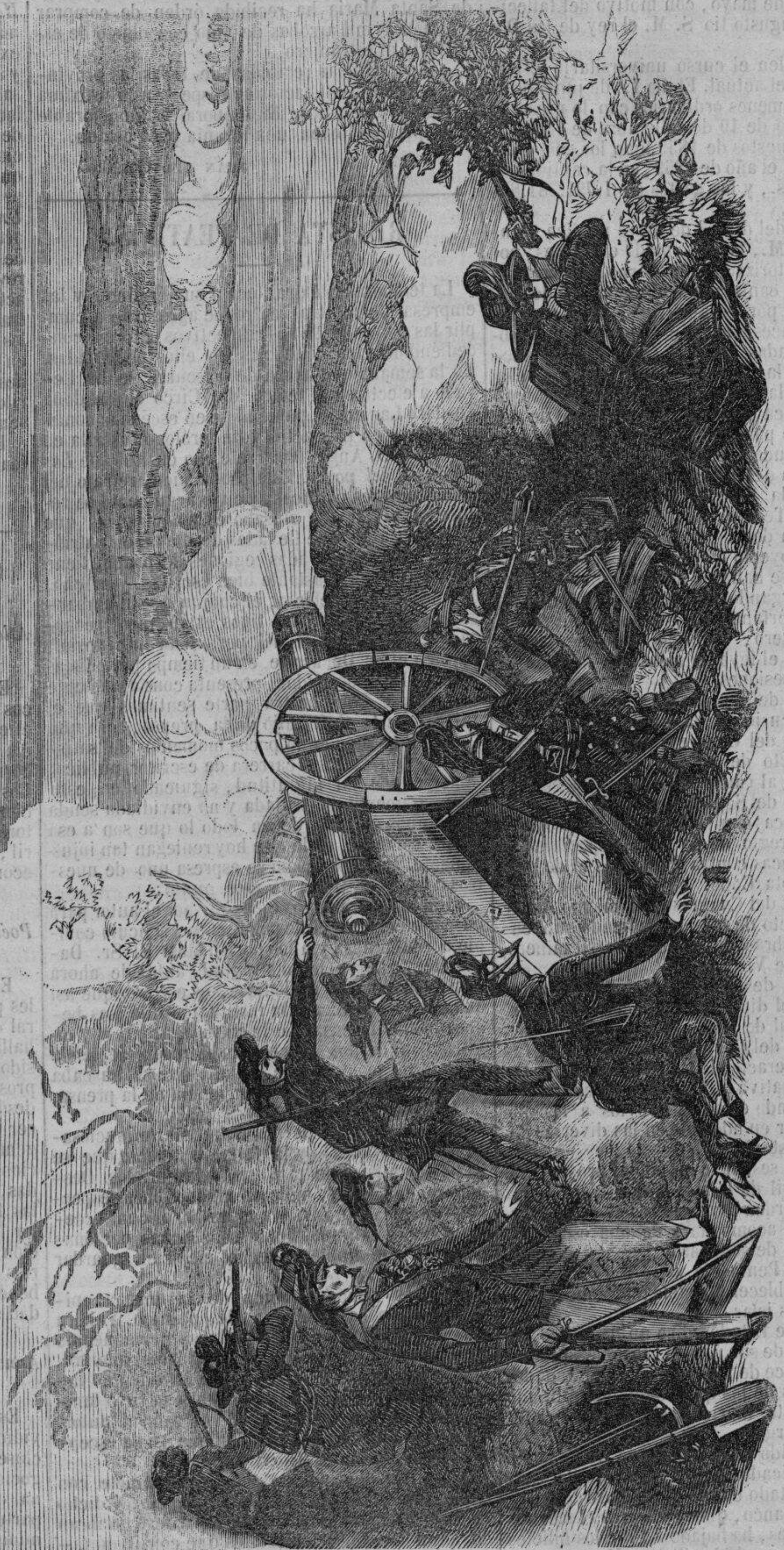
Poésies populaires serves, traduites par Mr. A. DOZON. Un vol. in-12; Dentu.

Estas poesías se han traducido de los originales por Mr. Dozon, canceller del consulado general de Francia en Belgrado. La mayor parte se hallan todavía en estado de tradición oral, y han sido recopiladas por un sérvio, Mr. Vouk, que prosigue esta obra tan nacional como literaria desde hace cuarenta años. Mr. Dozon dá á conocer en una introducción llena de interés, los orígenes y carácter de la poesía sérvia. La colección que ha traducido, contiene epopeyas, leyendas, composiciones elegiacas ó graciosas, todas las formas de la poesía popular. Aparte de su valor literario ó histórico, no carece esta publicación de oportunidad, en una ocasión, en que varios incidentes políticos han llamado la atención benévola de la Europa en favor de la nacionalidad sérvia.

Annuaire de l'Administration française, par Mr. BLOCK: 1859; veuve Berger-Levault.

Este Anuario es el de su segundo año, y está dividido en dos partes. La primera abraza toda clase de noticias útiles á los que se dedican á negocios, y respectivas á la organización y personal de la administración francesa. La segunda parte trata de la legislación y jurisprudencia administrativa: contiene la indicación de todas las medidas adoptadas con ocasión de la ley, decretos ó meras decisiones, durante el año de 1858, y constituye un suplemento al *Diccionario de administración*, publicado hace tres años por Mr. Block. Diríjese, pues, especialmente á los funcionarios y juriconsultos que hallarán clasificados en la obra con método y presentados con acierto los principales asuntos de sus estudios.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière.
—editor responsable y propietario.—



RECONOCIMIENTO OFENSIVO DE LOS AUSTRIACOS SOBRE CASAL.

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 369.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrío, pág. 374.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 377.—*Sección religiosa*, pág. 379.—*Sección científica*, pág. 381.—*Crónica extranjera*, pág. 382.—*Crónica española*, pág. 382.—*Revista de teatros*, pág. 382.—*Bibliografía extranjera*, pág. 383.

Advertencia importante.—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión a las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente a la repartición del número, y en Provincias a los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.